

# La ruta del agachado

Mircko Vera Zegarra

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN



LA RUTA DEL AGACHADO  
TRABAJO, GÉNERO Y ALIMENTACIÓN EN LA CALLE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS  
“MAURICIO LEFEBVRE”

LA RUTA DEL AGACHADO  
TRABAJO, GÉNERO Y ALIMENTACIÓN EN LA CALLE

MIRCKO VERA ZEGARRA  
ASISTENTE: ROXANA QUISPE



La Paz, Bolivia, 2022

331.4

V473r

Vera Zegarra, Mircko

La ruta del agachado: trabajo, género y alimentación en la calle / Mircko Vera Zegarra. – 1a. ed. -- La Paz : Universidad Mayor de San Andrés UMSA – Facultad de Ciencias Sociales – Carrera de Sociología - Instituto de Investigaciones Sociológicas-IDIS “Mauricio Lefebvre”, 2022.

108p.; figs., cdrs; 21 cm. – (Cuadernos de Investigación, núm 24)

D.L.: 4-1-444-2022 P.O.

ISBN: 8-99974-356-5-1

TRABAJO / GÉNERO / VENTA DE COMIDA - COMIDERAS / COMIDA CALLEJERA / PUESTOS DE COMIDA-MUJERES / TRABAJO INFORMAL / POBREZA / TRAYECTORIA LABORAL - MUJERES / INSERCIÓN LABORAL / ECONOMÍA INFORMAL / DESEMPLEO / ALIMENTACIÓN / COMERCIANTES EN VÍA PÚBLICA / COMERCIANTES LEGALES / COMERCIANTES ILEGALES / GREMIALES / LA PAZ / BOLIVIA

*La ruta del agachado*

*Trabajo, género y alimentación en la calle*

© Instituto de Investigaciones Sociológicas-IDIS “Mauricio Lefebvre”

Universidad Mayor de San Andrés, Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociológicas-IDIS “Mauricio Lefebvre” Campus

Universitario de Cota Cota, Av. Andrés Bello, esq. Calle 30 A

Teléfonos: 2798666- 2440388 – 68224069

E-mail: [idis@umsa.bo](mailto:idis@umsa.bo)

Página electrónica: <https://idis.umsa.bo/>

Facebook: Instituto de Investigaciones Sociológicas – IDIS

Director del IDIS: Raúl España Cuellar

Responsable de difusión e incidencia: Nadia Gutiérrez Aldayuz

Responsable de edición: Mónica Navia Antezana

Apoyo a la edición: Patricia Cusicanqui Álvarez Daza y Marcio Aguilar Jurado

Diseño gráfico: Marcos Flores

Fotografía tapa: Christian Eugenio

Primera edición: La Paz, octubre de 2022

Impresión digital

*Impreso en Bolivia*

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	11
INTRODUCCIÓN .....	13
I. PROBLEMA DE ESTUDIO Y METODOLOGÍA.....	17
1. OBJETO DE ESTUDIO Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN .....	21
1.1. <i>Objetivo general</i> .....	23
1.2. <i>Objetivos específicos</i> .....	23
2. METODOLOGÍA.....	24
II. CONSIDERACIONES TEÓRICAS .....	33
1. ALGUNOS ENFOQUES SOBRE LA ECONOMÍA INFORMAL.....	33
2. A PROPÓSITO DE LAS TRAYECTORIAS LABORALES .....	38
3. UN TRABAJO FEMINIZADO: ENTRE EL HOGAR Y EL MERCADO LABORAL .....	43
III. PRINCIPALES HALLAZGOS: OPTAR POR LA “RUTA DEL AGACHADO” .....	47
1. LAS COMIDERAS Y SUS TRAYECTORIAS LABORALES.....	48
1.1. <i>Trayectorias de vida</i> .....	48
1.2. <i>Trayectorias laborales y situación actual</i> .....	59
2. ELEGIR LA RUTA DEL AGACHADO: LOS SENTIDOS DE LA TRAYECTORIA LABORAL EN LAS COMIDERAS .....	72
2.1. La valoración que las comideras le otorgan al “puesto” .....	72
2.2. Elección y destino social: la relación entre las determinantes estructurales y la subjetividad de la elección individual .....	75
3. A DÓNDE SE LLEGA SIGUIENDO ESTA RUTA: PROYECTOS DE VIDA DE LAS COMIDERAS .....	78
3.1. <i>Logros y frustraciones</i> .....	78
3.2. <i>Estabilidad y vigencia</i> .....	93
3.3. <i>Proyectos de vida laboral</i> .....	96

CONCLUSIONES.....	99
BIBLIOGRAFÍA.....	103

---

## ÍNDICE DE CUADROS Y FIGURAS

---

Cuadro 1	Edad de las vendedoras .....	49
Cuadro 2	Estudios realizados según rango de edad.....	51
Cuadro 3	Cálculo de ingresos.....	81
Figura 1	Puesto de agachadito en turno nocturno .....	49
Figura 2	Puesto de agachadito en turno diurno.....	50
Figura 3	Plato llamado “achinado” semiplano.....	67
Figura 4	Rosa sirviendo almuerzo sobre ollas envueltas .....	68
Figura 5	Frazadas para envolver las ollas .....	69
Figura 6	Mesas y bancos de madera .....	69
Figura 7	Cocina a gas de una comidera.....	70
Figura 8	Mujer sirviendo en un puesto .....	85
Figura 9	Comensales en un puesto .....	85
Figura 10	Requisitos de un banco local para optar a un crédito .....	91





---

## PRESENTACIÓN

---

El Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre” (IDIS) de la carrera de Sociología de la UMSA ha dedicado sus esfuerzos a promover la investigación en ciencias sociales y formar recursos humanos que estén abiertos a “la generación de nuevos conocimientos y su incidencia en la realidad social boliviana, y el diseño y análisis de políticas públicas, a favor del cambio social en Bolivia”. En este sentido, en sus líneas de investigación, se han identificado temas vinculados a problemáticas centrales de la sociedad boliviana. Las investigaciones promovidas por el IDIS buscan aportar al mejor conocimiento de esos temas y abrir un debate y reflexión conjunta sobre los mismos, entre la academia, la sociedad y el Estado a favor del desarrollo del país.

Una de las líneas de investigación del IDIS está enfocada a promover campos de trabajo sobre problemáticas sociales como la economía informal y las diferentes vetas desde las cuales ésta puede ser abordada, como el género, la desigualdad social, la movilidad social que está comprendida en las dinámicas del trabajo, entre otras, que tienen implicaciones profundas en la calidad de vida de las personas.

En ese marco, publicamos, en versión digital, el estudio *La ruta del agachado: trabajo, género y alimentación en la calle*, realizado por Mircko Vera Zegarra, investigador del IDIS. En esta investigación, Vera Zegarra estudia las trayectorias laborales de las vendedoras de comida callejera de dos Distritos de la ciudad de La Paz. El autor reconoce los aspectos estructurales de la división del trabajo por género y las determinantes producidas por el origen social con la decisión individual de optar por esta actividad conocida como los “agachaditos” y las expectativas que les produce. Para el autor, este juego de condicionamientos sociales y subjetividades individuales traslucen un destino social en las mujeres que optan por este trabajo.

Presentamos a los y las lectoras esta investigación en la serie “Cuadernos de Investigación”. Esta serie busca difundir resultados de

investigación desarrollados en el IDIS en el marco de las investigaciones extracurriculares promovidas por la institución. Con la divulgación de este trabajo deseamos contribuir a la reflexión y al debate sobre las condiciones de trabajo informal de mujeres que optan por vender comida en espacios públicos en Bolivia.

Ms. Cs. Raúl España Cuellar  
Director del IDIS

---

## INTRODUCCIÓN

---

Con la frase “los agachaditos”, muy conocida en la ciudad de La Paz, se denomina a una de las actividades de la economía popular más renombrada y conocida por la mayoría de las personas. Se trata de puestos de comida en la calle, un servicio brindado por mujeres que –con sus ollas envueltas en aguayos y asentadas sobre las veredas– satisfacen la necesidad de todas aquellas personas que de día o de noche buscan una comida barata, completa y abundante. A las mujeres que trabajan en estos puestos se las suele llamar también “comideras” o *manq’apayeras*<sup>1</sup>.

La venta de comida en la calle está casi siempre asociada a la pobreza, tanto del que compra como del que vende, asumiendo que los bienes y servicios producidos por la economía popular son más baratos, además de ser la opción más tangible para satisfacer la necesidad de ingresos cuando se dificulta la inserción al mercado formal de trabajo. En general, cuando se habla sobre el tema, frecuentemente las personas y los gobiernos lo hacen en términos de la falta de empleo, un mal que persigue como una sombra a los pueblos de escaso desarrollo industrial y reducida oferta de trabajo formal. Desde el Gobierno, se afirma que se hacen esfuerzos para reducir el desempleo, como con la Estrategia Boliviana de Reducción de la Pobreza (Escóbar y Guaygua, 2008), mientras que la población repite el discurso de que en Bolivia no hay trabajo y que por esta razón hay tanta pobreza en el país. La realidad laboral es menos abreviada; de hecho, ni siquiera la falta de empleo formal significa que las personas no estén ocupadas en algún trabajo.

Un importante porcentaje de la población se halla cubriendo su necesidad de ingresos –o complementándolos– a través de las múltiples formas del denominado trabajo informal y no en todos los casos se trata

---

1 Del aymara, la que vende comida.

de una elección forzada por la extrema pobreza. Como las actividades a las que se dedican para ganar dinero son tan diversas y los réditos producidos también lo son, difícilmente se puede enfrascar a todos aquellos inmersos en la economía popular en un mismo estatus, como si se ajustaran a una realidad generalizable para todos sus rubros, todos los bienes y servicios que brindan y todas las trayectorias laborales.

El presente trabajo tiene la finalidad de hacer visible a las comideras, mujeres que desempeñan un trabajo socialmente reservado a su género. Las estadísticas sostienen que son las mujeres las que tienen mayor participación en la economía informal; pero, más allá de las cifras, lo que llama la atención son las expectativas y oportunidades de inserción laboral diferenciadas entre hombres y mujeres sobre los distintos oficios. En este caso, prácticamente la totalidad de los agachaditos son atendidos por mujeres. Por esta razón, no se abordó específicamente el problema desde la economía informal ni los aspectos de organización gremial, sino desde la trayectoria laboral de dichas mujeres. A partir de las trayectorias laborales de las comideras, se buscó establecer un puente que comunique los aspectos estructurales de género e inserción laboral con la decisión individual de optar por la “ruta del agachado” como un camino hacia la obtención de ingresos y bienestar.

Este trabajo es el resultado de la investigación extracurricular “La ruta del agachado: trabajo, género y alimentación en la calle”, realizada en la gestión 2018, bajo el patrocinio del Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre” (IDIS) de la carrera de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Para la realización de la investigación, se contó con el trabajo de la auxiliar de investigación Roxana Quispe y de los estudiantes de la Carrera, Daniela Espejo y Rey Romero, quienes aportaron con una entrevista y apoyaron en diferentes momentos de la investigación. Asimismo, Lirio Fuentes me acompañó en varias ocasiones a realizar el trabajo de mapeo e identificación de los puestos de comida.

El texto está organizado en capítulos de variable extensión. En el capítulo primero, se abordan algunas de las inquietudes que motivaron y fueron dando forma al problema de estudio, para luego dar paso a la determinación del objeto de estudio y los objetivos de la investigación.

Cierra este primer capítulo el apartado metodológico, donde además se hace una explicación de cómo se llevó a cabo el trabajo empírico.

En el segundo capítulo, se discute sobre el marco de análisis y los conceptos empleados, como el de economía informal, trayectoria laboral y género. La presentación de los aportes teóricos no se realizó de manera extensiva, sino que se buscó hacer una síntesis de las diferentes contribuciones, que fueron agrupadas en corrientes teóricas con enfoques compartidos.

El tercer capítulo es el de mayor extensión, ya que en éste se hallan los datos empíricos y las reflexiones que provocaron la cuestión de optar por la que he denominado “ruta del agachado”. Comienzo con una descripción de las trayectorias de las comideras, desde los factores sociales que fueron determinando su nivel socioeconómico actual (trayectoria de vida), hasta enfocarme específicamente en las distintas colocaciones laborales consecutivas a lo largo del tiempo hasta su ubicación actual (trayectoria laboral). Toda esta información tiene gran importancia, ya que para el siguiente apartado brindó la oportunidad de analizar la interpretación de las informantes sobre su oficio y las determinantes sociales que las llevaron a elegir la venta de comida como una forma de ganarse la vida. El último apartado tiene como finalidad exponer algunas realidades socioeconómicas de los agachaditos en relación a las expectativas que produce en las comideras sobre lo que podríamos llamar proyectos de vida; dicho de otra manera, se trata de los réditos de este oficio, tanto económicos como personales, puesto que está claro que el trabajo, si es fructífero, produce satisfacción económica, pero también personal y configurar proyectos a futuro.

En las conclusiones, se sintetizan los principales hallazgos de la investigación; pero, sobre todo, al tratarse de un acercamiento a una realidad tan compleja y difícil sobre la cual indagar, su carácter preliminar enfatiza los aspectos que necesitan profundizarse en futuras investigaciones. Ciertamente no ha sido sencillo indagar en la vida privada de las comideras, ni mucho menos hacer el esfuerzo de comprender todo este juego de condicionamientos sociales y subjetividades individuales que traslucen ese destino social que la investigación ha perseguido.



---

## I. PROBLEMA DE ESTUDIO Y METODOLOGÍA

---

En las grandes circunstancias de la vida,  
nuestra alma se siente estrechamente  
unida a los lugares en que nos acaecen  
los placeres y las desgracias.

Honoré de Balzac, *Eugenia Grandet*

Probablemente no haya título más sardónico para este capítulo, pues el *problema* de la investigación está en torno a la trayectoria laboral de las comideras; se trata de una actividad comercial de venta de comida en la calle que de por sí es imputada como un problema de ilegalidad, responsabilidad tributaria e inocuidad de los alimentos. Dicho *problema* se hace extensivo a prácticamente todo el comercio en vía pública, al menos en tanto fuera de la ley y el pago de impuestos. Aunque el crecimiento del sector terciario venía ya produciéndose en los años precedentes al Decreto Supremo 21060 y todo el proceso neoliberal, de manera generalizada, la responsabilidad es atribuida a éste. Por lo tanto, la solución al inconveniente de la economía popular fue siempre regularla a partir de reglamentaciones formales o, desde los detractores del neoliberalismo, derogar dicho decreto, como si esto bastara para acabar con la lógica de libre mercado. Ambas posturas se encuentran claramente formadas desde una posición externa a la problemática.

Desde la perspectiva de la institucionalidad, es evidente que la realidad desborda la norma, pero no quiere decir que esté ausente. Hay varios mecanismos por los cuales muchos de los bienes y servicios que ofrece el sector informal están regulados; de esto se encarga la Alcaldía de la ciudad de La Paz, denominada actualmente Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP) mediante la Unidad de Mercados. Si bien no es posible evitar que el tamaño y comportamiento de este sector esté constantemente fuera de las normas, esto no quiere decir que no hayan normas que se acaten, pues todo depende de la percepción que los y las comerciantes tengan sobre el grado de afectación en sus actividades económicas.

Hace un año atrás, la Alcaldía de La Paz aprobó el Decreto Municipal 019/17, con el cual se pretendía realizar un registro electrónico de todos los comerciantes en vía pública. Este decreto correspondió a la llamada “carnetización” de los comerciantes con el propósito de tener un mejor registro de todos aquellos comerciantes legales –portadores de una patente otorgada por la municipalidad– y evitar así la presencia de ilegales que, según el discurso oficial, hacen competencia desleal a aquellos que cumplen con las normas; asimismo, aseguraron que todos los trámites legales serían más ágiles y convenientes, como en el caso de traspaso de patentes, reubicación de puestos y otros (*Página Siete*, 05-08-2017).

La respuesta no se dejó esperar, ya que rápidamente los y las comerciantes hicieron conocer su desacuerdo con la carnetización y pronto organizaron movilizaciones por las calles de la ciudad de La Paz. Al alcalde no le quedó más que modificar los artículos 3, 18, 19 y 23, referidos al carácter obligatorio, los tres meses de plazo para hacerlo, la atención secundaria –en caso de impedimento del titular– y sobre el segundo puesto de venta. Sin embargo, las medidas de presión continuaron esperando la anulación total del decreto y la Tarjeta Electrónica de Identificación Gremial (TEIG).

Para muchos comerciantes, la carnetización permitiría formalizar a los ilegales que no poseen patente. La mayoría de los comerciantes de base no expresaba tanta inconformidad con los artículos que se modificaron como con la idea de que la Alcaldía quería “hacer negocio” carnetizando a los ilegales. Este hecho no figura realmente en el decreto en cuestión; sin embargo, fue el argumento que más movilizó a la gente. Antes que la posibilidad de perder la patente en caso de que, por ejemplo, muera el titular, se sentía más dramático tener que enfrentar una tremenda competencia y reducción de sus ganancias por la oleada de nuevos comerciantes que presumiblemente serían formalizados.

La Federación Departamental de Gremiales y las dirigencias de las distintas asociaciones tuvieron también que enfrentar algunas divisiones internas, puesto que se hizo ver que el movimiento tenía razones políticas, en especial desde que, además de la anulación del decreto, empezaron a pedir el revocatorio del alcalde. Pero a efectos formales, el alcalde alzó los brazos y, desde la mirada de muchos de los involucrados, esta medida pareciera que hubiera quedado en



nada. Las movilizaciones terminaron y los medios de comunicación dejaron de hablar del asunto. Sin embargo, es un hecho que los carnets existen, muchos comerciantes ya hicieron su trámite y tienen el suyo; otros, no.

En principio, las patentes que la Alcaldía otorga a los comerciantes, a través de la Unidad de Mercados, son el principal instrumento de control sobre este sector; por ende, es un registro. Sin embargo, a pesar de que formalmente hay un archivo con la lista de todos los titulares de las patentes –y hasta cuentan con un mapa georreferenciado con la ubicación de cada comerciante–, la Alcaldía no tiene una cifra exacta sobre esta población. Pese a que desde 1995 se prohibió nuevas autorizaciones, nuevos asentamientos o patentes para nuevos comerciantes, se ha incrementado el número de puestos callejeros, aun también en mercados. Mas no se trata únicamente de ambulantes “ilegales” que no pagan patente, ya que también hay comerciantes informales “legales” que aparecieron con todos los papeles en regla en años posteriores a la prohibición.

De esta manera, la carnetización se constituía en un mecanismo para tener, entre otras cosas, un registro real de todos los y las comerciantes; de ahí su carácter de obligatoriedad cuando salió el Decreto Municipal. El hecho de que haya comerciantes con una patente legal, pero que no figuran en listas oficiales, tiene que ver con la dificultad de explicar formalmente su existencia, que data de años posteriores a la prohibición vigente desde el año 95. Pero entonces, ¿cómo se explica la existencia de esta nueva población?

La situación de legalidad o ilegalidad es insuficiente para explicar la realidad de este sector, y esto se aplica a cualquier espacio o rubro. En espacios formales y en las calles suele presentarse este problema que involucra a las autoridades municipales y a dirigentes y autoridades. Sin embargo, el comportamiento de los diferentes rubros del comercio popular no tiene que ser exactamente igual. Por ejemplo, en un mercado, no es lo mismo hablar de puestos de carne que de frescos y gelatinas o de puestos de abarrotes o verduras, en la medida en que el capital económico, la trayectoria laboral y hasta el grado de influencia que tienen sobre su sector puede llegar a ser muy diferente. Además, también podría considerarse la ubicación del mercado en

cuestión: central, medio o periférico. De la misma manera, los puestos callejeros expresan importantes diferencias, según el rubro, el horario y la ubicación. Así, cada vez que han tenido que enfrentarse a alguna disposición municipal, las diferentes organizaciones, desde la Federación hasta las Asociaciones, han actuado de manera coordinada; pero los alcances, el grado de apoyo y las expectativas suelen tener marcadas diferencias al interior del sector. Como cuando las vendedoras de comida rechazaron orgánicamente la carnetización, pero exigían que la Alcaldía haga un registro y prohíba que salgan a la calle comederas sin autorización, en especial, en fechas cuando hay mayor clientela.

Las vendedoras de comida también están registradas y tienen una patente, pero no todas ni en todas las situaciones. Por ejemplo, en caso de eventos o festejos grandes, como la entrada de El Gran Poder, muchas personas optan por preparar comida para la venta, aunque esto no sea frecuente ni su actividad principal a lo largo de todo el año; basta con llevar sus ollas o incluso sacarlas a la puerta de sus casas. También el capital invertido es diferente al de, por ejemplo, un puesto de ropa, y por muchas razones los riesgos de la inversión son también menores. La comida callejera se encuentra en muchos lugares y en una muy amplia variedad, desde anticuchos hasta hamburguesas; sin embargo, son algo muy distinto los agachaditos: puestos de comida casi enteramente atendidos por mujeres que satisfacen la demanda de una amplia gama de clientela con tan solo sus ollas de comida completa y bastante elaborada, cubiertos, platos y pequeños banquitos. Es por eso que estos puestos (agachaditos) son tan distintos de los de otros comercios de venta de comida que hay en las calles (*fastfood*, *foodtruck* y otros similares). No deberíamos aceptar que *todos* son iguales y, por lo tanto, ser analizados y explicados de la misma manera.

Es cierto que una determinada actividad en un escenario específico tiende a producir conductas compartidas; pero precisamente ahí está la cuestión: en la calle encontramos puestos de ropa, de juguetes, de celulares... y de comida, etc., pero ¿acaso todas las personas que en este sentido han hecho de la calle su lugar de trabajo viven exactamente las mismas circunstancias laborales y de vida? Partiendo del presupuesto de la heterogeneidad, ¿qué rasgos comunes tienen las vendedoras de

los agachaditos para considerarlas parte de un grupo estable y diferente de los demás? Por otro lado, si tomamos el estereotipo de pobreza y fracaso laboral previos a la decisión de vender comida, ¿acaso se trata solamente de un ejemplo de “empleo de refugio”, producto de una situación apremiante o es una decisión contingente condicionada por la situación socioeconómica, las trayectorias laborales y de vida? Si fuera así, y dado que las comideras son preponderantemente mujeres, ¿cómo estas condicionantes se relacionan con aspectos estructurales como la división del trabajo por género?

## 1. OBJETO DE ESTUDIO Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Haz de cuenta    tú no puedes describir una cara  
de menso    pero ves alguien en la calle que tiene cara  
de menso y dices    “ah    pus este buey tiene cara  
de menso”    entons así es íno?    lo ves    lo sientes  
aunque no lo sepas definir

Luis Zapata, *El vampiro de la colonia Roma*

El objeto de estudio de la presente investigación es la venta de comida en la calle; específicamente, las trayectorias laborales de las comideras, las comerciantes que preparan actualmente comida y la venden en la calle. A estos puestos se les conoce popularmente como *agachaditos* y cuya oferta comprende comidas completas y muy elaboradas; a diferencia de la típica *fast food* o la *food truck*.

Aunque parezca extraño, para muchas personas resulta fácil diferenciar un puesto de agachaditos de los demás; pero al momento de definirlo o expresarlo a cabalidad parece no ser tan fácil y aparecen confusiones. Cuando las personas hablan de la comida en la calle, lo hacen refiriéndose a casi todo lo comestible que se encuentra y, para mencionar a los agachaditos, a veces también citan los kioscos de hamburguesas, de anticuchos o de tripitas. No obstante, si se hallan en la calle viendo estos puestos, la mayoría distingue claramente cuál es un agachadito y cuál no. Para hablar específicamente de un agachadito, se tomarán en cuenta los siguientes parámetros:

Se trata de un puesto en la calle, y aunque cuente con una carpa o una *chiwiña*<sup>2</sup> no funciona en un espacio cerrado con una construcción sólida y fija, como un restaurante o un mercado. Al no contar con infraestructura específica, la comida es trasladada, total o parcialmente preparada, al puesto de venta en la calle. También puede incluirse aquellos puestos que llevan una cocina portátil para terminar con algo de la preparación o solamente mantener caliente la comida. Las ollas pueden estar en una mesa corta, el propio suelo o incluso en “coche” (un carrito de dos ruedas en el que se transporta las ollas y demás artículos necesarios).

La oferta de comida preparada cocida debe ser una comida completa (por ejemplo, un almuerzo compuesto por sopa y segundo) o, en general, una comida muy elaborada en términos de cantidad de ingredientes y volumen (como es el caso de los platos especiales y que en algunos casos suelen acompañarse además con un plato de caldo).

Prácticamente la totalidad del mobiliario destinado para los clientes se compone de bancos o taburetes sin una mesa donde apoyar el plato. De ahí el nombre de “agachaditos”, ya que el cliente debe consumir su comida con el plato en las manos o en sus propias piernas, ocasionando la adopción de una postura gacha.

Dado que dichos puestos de comida tienen una mayor presencia donde hay mayor movimiento económico comercial, se ha elegido inicialmente como área de análisis el Macrodistrito Max Paredes. Dicho Macrodistrito está compuesto por los distritos 7, 8, 9 y 10 (Gran Poder, El Tejar, La Portada y Achachicala, respectivamente). Como el Distrito 10 se halla más alejado y con menor concentración de comercio, en el trabajo de campo exploratorio se ha excluido esta zona y la investigación se ha centrado en los otros tres distritos restantes, más una pequeña parte del Distrito 1 (correspondiente al Macrodistrito Centro), ubicado junto a los Distritos 7 y 8, debido a que tiene las mismas características en términos de densidad de actividad económica.

El estudio asume que esta percepción sobre las condiciones socioeconómicas de las vendedoras necesita una mayor indagación, ésta se hizo a partir de la construcción de las trayectorias laborales de las

---

2 Puesto de venta al aire libre cubierto por una tela sostenida por una base de hierro.

vendedoras. Aunque se indaga sobre la familia ascendiente y actual –si la hubiera–, la educación, las diferentes colocaciones laborales consecutivas y la remuneración –inclusive la propia oferta de platos y ganancia en su actual ocupación–, no solamente se trata de determinar su nivel de ingresos, sino su posición socioeconómica y los determinantes sociales que condicionaron a las comideras hacia la elección de esta opción laboral y las expectativas o proyectos de vida, dado que el trabajo reedita a la vez en términos económicos como personales en tanto logros y aspiraciones. De esta manera, los objetivos de la investigación son los siguientes:

### *1.1. Objetivo general*

Estudiar las trayectorias laborales de las vendedoras de comida en la calle para establecer los aspectos estructurales de la división del trabajo por género y las determinantes producidas por el origen social con la decisión individual de optar por esta actividad conocida como los “agachaditos” y las expectativas que les produce.

### *1.2. Objetivos específicos*

Los objetivos específicos son los siguientes:

1. Identificar los puestos de comida (agachaditos) que se hallan en el Macrodistrito Max Paredes y la zona próxima del Macrodistrito Centro, durante todos los días de la semana y en diferentes horas del día.
2. Determinar la situación del puesto según su vigencia (permisos municipales, gremiales, otros), su permanencia (lugar o lugares donde se asienta el puesto) y horarios en los que desarrolla su actividad.
3. Conocer la oferta de los agachaditos con el fin de establecer los ingresos diarios, semanales y mensuales.
4. Establecer el nivel socioeconómico de las vendedoras de comida en la calle.
5. Registrar las diferentes colocaciones laborales y las situaciones que han ido produciéndose en torno a éstas.

## 2. METODOLOGÍA

La investigación se condujo enteramente bajo la metodología cualitativa, apoyándose en recursos como la etnografía, entrevistas informales y semiestructuradas, la observación, que permitieron construir la trayectoria laboral. La elección de la metodología cualitativa obedece a un asunto puramente empírico, debido a varias razones. Por sí mismo, el término de informalidad se lo identifica con un grupo socialmente desprestigiado de la economía, envuelto en un manto de ilegalidad. De alguna forma, hasta los mismos comerciantes, con o sin razón, se comportan muy quisquillosos ante cualquiera que ande husmeando más de la cuenta, puesto que podría tratarse de la competencia o, peor aún, de cualquier inspector con la intención de cobrar impuestos, multas, o quizás de un funcionario de Sanidad<sup>3</sup>; hasta podría tratarse de algún acreedor particular. Inclusive, la propia asociación prohibió a todos sus miembros hablar con reporteros o estudiantes a raíz de una entrevista que se publicó el año 2017, en el diario *Página Siete*, que, según se interpretó, tergiversaba la realidad. Bajo estas circunstancias, no era aconsejable realizar encuestas ni mucho menos hacer la investigación explícitamente. En consecuencia, sólo en un contexto natural se podría registrar el comportamiento espontáneo de las vendedoras, sin discursos ni recelos; un contexto lo más natural posible, gracias a los mencionados instrumentos de recolección de información.

Asimismo, la tarea de construir las trayectorias de vida de las comiaderas demanda la utilización de las entrevistas, tal como se hace en las historias de caso. Como se trata en el apartado conceptual sobre la trayectoria laboral, hay diferencias a la hora de definir este concepto y el enfoque que se adopte tendrá repercusiones analíticas y metodológicas. Hay estudios sobre la trayectoria laboral que ponen énfasis en la movilidad; para ello, se enfocan en datos cuantitativos sobre las características del mercado laboral, aspectos demográficos y económicos. Pero como lo que se quiere es analizar las condiciones que determinan la decisión de seguir una u otra *ruta* de trabajo o trayectoria laboral, se ha encarado

---

<sup>3</sup> Una oficina de la Alcaldía municipal que evalúa las condiciones sanitarias del expendio de alimentos.

esta investigación desde lo cualitativo. Una manera muy frecuente de hacerlo es a partir de lo que algunos autores denominan “trayectoria biográfica laboral”.

Por razones de tiempo, no se siguió todo lo que se haría en un estudio biográfico. Aunque se hicieron entrevistas a un número importante de comideras y se logró trabajar las historias de caso con algunas, no se puede hablar de una historia de vida como demanda metodológicamente la reconstrucción biográfica. Sin embargo, aun tratándose de un estudio más acotado, se realizó un análisis exhaustivo de las entrevistas para poder relacionar las condiciones estructurales del origen social y los aspectos más subjetivos, como las expectativas que están en torno al trabajo que realizan y los planes que tienen a futuro.

En términos temporales, se adoptó un tipo de investigación diacrónica para analizar la trayectoria laboral. Conforme se fue encarando el trabajo empírico, reconocimos que el tiempo no es uniforme, al menos si comparamos el tiempo social y el natural, los ciclos de la vida y la edad biológica. Este hecho condujo a entender la trayectoria no solamente como un recorrido lineal y aislado de cada una de las ocupaciones, sino como algo permanentemente ligado a diversas circunstancias de vida en que se hallan las personas en una determinada posición social. Por ejemplo, haber tenido hijos marca la conducta y las relaciones sociales independientemente de la edad que tenga la vendedora; esto también influye en la manera en que se piensan a sí mismas e interpretan su realidad, incluyendo su trabajo. De la misma manera, el tiempo y la vida social de un puesto callejero no se presenta simplemente como el paso de la no legalidad a la tenencia de una patente o a un permiso respaldado por la Alcaldía.

Sobre este tema, los comerciantes en vía pública cuentan con una patente otorgada por la Alcaldía que les autoriza realizar sus actividades económicas en la calle. Por tal razón, es natural que al inicio de este estudio haya considerado buscar una base de datos en la que se tenga registrada toda la información de los agachaditos que, obviamente, estaría disponible en la Alcaldía. Como punto de partida, mi visita a las diferentes unidades responsables de manejar esta información aparentaba ser halagüeña, pues fui atendido con pretendida predisposición a colaborar con mi investigación. Se me ofreció darme los registros que

solicitó e incluso un mapa georreferenciado donde estarían ubicados los puestos callejeros. Cuando regresé tras una semana, como acordamos, el ambiente en la oficina era mucho más frío y evasivo a la hora de cumplir con sus ofrecimientos –o quizás el funcionario que antes me atendió tuvo un exceso de amabilidad o déficit de hermetismo institucional. Se me informó, con un gesto de “es obvio”, que esa información era confidencial y que solamente se otorga a través de permisos especiales. Entonces consideré recurrir al apoyo institucional del Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre” (IDIS), puesto que mi investigación se hallaba formalmente bajo su amparo, pero en la etapa exploratoria que estaba realizando paralelamente sobre la zona de estudio empecé a evaluar la utilidad de hacer los trámites y cumplir con los formalismos para acceder a los datos de la Alcaldía. Además, todo apuntaba a que los datos oficiales serían imprecisos y desactualizados, puesto que difícilmente podrían tener y brindar una versión oficial de lo que estaba observando en las calles.

Tras la prohibición para otorgar nuevas patentes desde 1995, ha habido transferencias de los titulares de la patente, también algunos la rescindieron y hasta aparecieron nuevas patentes bajo procedimientos poco regulares –considerando la mencionada prohibición– y, por consiguiente, no figuran en la información oficial. Además, muchos puestos de comida no tuvieron ninguna condición de legalidad ante la Alcaldía. Estos últimos son retirados de las calles por medio de las llamadas “bataidas” de funcionarios de la guardia municipal, quienes les decomisan su mercadería, inclusive sus ollas y platos. Tampoco se puede acceder a los datos de estos decomisos, como el número de casos y la frecuencia de los operativos municipales, menos sobre los utensilios, productos ni cantidades de lo incautado. Por lo tanto, opté por dejar de lado los registros de la Alcaldía por el poco aporte que representaba para la investigación en relación al esfuerzo que había que hacer para conseguirlos.

Dada esta delicada situación y, a pedido de las mismas comideras, no expondré en ningún momento el detalle de quiénes cuentan con una patente y quiénes no. Es cierto que esto es lo primero que quieren que se sepa las que tienen patente o algún tipo de autorización legal; pero no es el caso de las que no lo tienen. En este sentido, se trabajará exclusivamente con aproximaciones generales de la situación de las



comideras respecto a este tema. Por las mismas razones, y otras más, se ha optado por designarlas con un seudónimo, debido a que, a pesar de su generosa cooperación, desaprueban que se les identifique de alguna forma.

Esta investigación no pretendió en ningún momento hacer un censo de los agachaditos, así que, como dije antes, decidí dejar de importunar a la Unidad de Mercados y simplemente salir a las calles. Así fue que, como primer paso, realicé por mi cuenta el mapeo del sector, recorriendo calle por calle las diferentes zonas del Macrodistrito Max Paredes, identificando y evaluando los actores sociales de interés para la investigación. De este modo, se logró:

1. Determinar la ubicación de los puestos de agachaditos.
2. Basados en la definición de “los agachaditos”, que esta investigación está utilizando, depurar todo aquel puesto de comida que no cumpliera las características de dicha definición.
3. Establecer una clasificación según la situación del puesto bajo los criterios de horario, estancia y vigencia formal (otra categoría según su grado de cumplimiento con las normas municipales).

Entonces, la clasificación de estos puestos resultó de la siguiente manera:

1. Horario: mañaneras (5:00 a 9:30, aproximadamente), diurnas (8:00 a 18:00, aproximadamente; pueden estar solamente por la mañana o solamente por la tarde, o ambos), nocturnas (18:00 a 24:00, aproximadamente, o “hasta terminar”, como dicen), y las trasnochadoras (que aparecen a partir de la medianoche y se quedan hasta terminar, lo cual puede en ocasiones extenderse hasta las cuatro de la mañana o un poco más).
2. Estancia: Es la permanencia en un lugar y un horario determinado. Así, tenemos a los puestos de estancia cerrada, estables, en un solo lugar, sea entre semana o fines de semana. Otros son de estancia abierta, puestos eventuales que solamente realizan su actividad en momentos especiales; pueden ser ocasionales o constantes en una o varias épocas y lugares (fiestas de barrio, fechas cívicas, fechas

religiosas, etc.). También hay de estancia mixta, es decir, que cuentan con un puesto fijo, pero que también realizan su actividad en otros lugares y momentos.

3. Vigencia formal: Se refiere a los permisos formales con los que cuenta un puesto, autorizaciones que otorga la Alcaldía y Sanidad.

Por alguna razón, esperaba encontrar las calles colmadas de agachaditos, como quizás aún permanecían en la memoria de mi infancia; pero en su lugar más bien las encontré llenas de comida rápida en kioscos y pequeños restaurantes, *snacks*, cuya principal oferta es el pollo a la *broaster*, pollo al *spiedo* y chicharrón de pollo. Según el barrio, el horario y ciertas ocasiones festivas, la cantidad de agachaditos puede ser mayor o menor, pero proporcionalmente siempre están detrás de estos otros comercios de comida. El trabajo de Gajraj (2015) sobre los agachaditos en la ciudad de El Alto señala que se ven estos puestos en mayor número respecto a los de comida rápida; pero, en nuestra zona de estudio, se ha podido evidenciar lo contrario.

La realización de este “mapeo” para determinar los agachaditos con los que se haría la investigación tomó aproximadamente un mes y medio, tiempo en el cual también se aprovechó para comer y hacer que la vendedora nos adopte como uno más de “sus caseros” o clientes asiduos. En este proceso, se registró la ubicación, una aproximación a la oferta, el mobiliario y los utensilios. La observación como técnica de investigación estuvo presente aquí, aunque en realidad lo estuvo casi en todo el proceso de la investigación, desde el mapeo hasta la realización de las entrevistas. Se empleó la observación no participante, puesto que no hubo la posibilidad ni la necesidad de convertirnos en una vendedora más, pues lo que interesaba eran las trayectorias laborales individuales.

Respecto a los barrios que componen los diferentes distritos, es preciso dar algunas características que incidieron en el trabajo de campo. En primer lugar, el Macrodistrito Max Paredes es eminentemente el sector más comercial de la ciudad de La Paz. Sin embargo, la intensidad de la actividad comercial no es igual en toda su extensión; hay barrios con más y otros con menos. Es el caso del Distrito 10; la mayoría de su superficie se halla alejada y tiene poca actividad comercial, razón por la

cual prácticamente fue dejado de lado. Por otro lado, se tuvo que extender nuestra área de estudio a una parte del Distrito 1, que corresponde al Macrodistrito Centro, por su alta actividad comercial y vecindad con las zonas definidas desde el inicio de la investigación.

En la siguiente etapa, para ya abordar de lleno la investigación de campo, se optó por entrevistas semiestructuradas. Con esta técnica, se logró conversar con 32 mujeres que trabajan en los agachaditos, entre mañaneras y diurnas, 38 nocturnas y 2 de las trasnochadoras. También se indagó en aquellos agachaditos que aparecen en ocasiones festivas (patronales y/o de barrio), como el Gran Poder, la fiesta de Munaypata, La Portada, Villa Victoria, El Tejar, 14 de Septiembre y Los Andes. Éstos se encuentran incluidos dentro de los 72 antes mencionados, solamente si tienen una estancia cerrada o mixta, puesto que aquellos agachaditos de estancia abierta (que solamente venden esporádicamente en la fiesta del barrio) no fueron susceptibles de replicar las entrevistas ni mucho menos de construir su trayectoria laboral.

Desde luego, no fue posible tratar todos los temas en una sola vez, por lo que se requirió varias visitas a cada puesto, con cada una de las comideras y sus familias. También hubo que cotejar la misma información de un puesto obtenida por diferentes personas del equipo, y esto se debió a dos razones: algunas vendedoras tienen un mejor trato y prefieren hablar más con chicos que con chicas o viceversa. Por lo tanto, hasta descubrir eso, hubo que intercambiar la asignación de puestos entre los miembros del equipo. Las características de personalidad de las vendedoras se registraron en fichas individuales para cada puesto: predisposición para conversar con qué persona, estados de ánimo, temas preferidos y renuencias. Por otro lado, no siempre se lograba una buena conexión o, incluso, se llegó a perder a la informante porque la conversación pudo haberse tornado un poco forzada y despertó su desconfianza; en tal caso, otra persona del equipo regresó después de varios días para continuar con el trabajo.

De esta manera, se fue templando la paciencia, midiendo los recursos e ideando estrategias que no se planearon desde el inicio. El trabajo de campo tuvo que adecuarse a condiciones diversas del contexto; por ejemplo, hay lugares y momentos de mayor concurrencia de clientela, lo cual dificultaba la conversación con la vendedora. Ir entre varios

miembros del equipo a un mismo puesto fue un buen recurso, puesto que acaparábamos su atención y promovíamos su condescendencia por la venta numerosa que le producíamos –pese a que en ocasiones aducíamos poco presupuesto y compartíamos un plato entre dos.

También la forma de registrar la información se fue adaptando con estrategias surgidas de las experiencias. La entrevista semiestructurada requirió que los miembros del equipo memoricen las preguntas –que eran muchas– y los datos podían ser abundantes para recordar todo antes de vaciarlos a los diarios de campo. Además, la conversación con la vendedora no era monopolizada, sino que intervenía alternativamente otros miembros del equipo de la manera más natural posible –aspecto que se ensayó antes de salir a campo. Aquí fue importante la participación de cada uno de los miembros del equipo en todo el proceso, desde la elaboración de las preguntas hasta los ensayos para aplicar a las comerciantes. Puesto que cada persona no tiene las mismas características ni la misma facilidad para hablar, se trató de entrenarlos lo mejor posible para atenuar estas diferencias. Respecto al registro de lo que se decía, se optó por hacer que uno de los presentes se abstenga de participar en la conversación y fuera anotando un punteo de todo lo que se hablaba en su teléfono celular. Dado que ahora es tan natural que las personas se pongan a mirar y mandar mensajes en sus teléfonos móviles, ignorando todo lo que pasa a su alrededor, esta conducta no despertó ninguna susceptibilidad en la vendedora.

Este proceso se fue desarrollando hasta poco antes de medio año, puesto que la totalidad del equipo de investigación estaba compuesta por estudiantes de la carrera de Sociología de la UMSA que se encontraba realizando su perfil de tesis. Así fue que solamente quedé yo junto a una estudiante, quien también hacía su perfil, pero que decidió soportar la doble presión.

Después de valorar toda la información y ver cómo nada nuevo iba apareciendo, se profundizó el estudio de caso sobre diez de las comideras para registrar su biografía laboral. “Una historia de caso rastrea las experiencias, acciones y características de una persona o de un grupo estructural (...) con experiencia en un tema preciso” (Spedding, 2013 [2006]: 169). Lo que era esencial obtener con estas historias de caso son las características socioeconómicas, registrar las trayectorias laborales

y hallar las determinaciones que orientan la decisión de optar por la vía del agachadito. Cabe aclarar que la antigüedad en el rubro no era el criterio central para elegir a una de estas informantes clave, pues su valor no depende de cuánto tiempo desempeñan ese trabajo, sino del momento en el que se insertan al mismo y las condiciones que les llevaron a tomar esa decisión.

Aunque no formaba parte de los objetivos de la investigación, se hicieron algunas breves aproximaciones a las formas de organización, como la Federación de Gremiales y un par de asociaciones, con el propósito de tener una idea más cabal del contexto laboral en torno a aspectos como la estancia y la vigencia formal. Una de nuestras informantes permitió que yo estuviera presente en algunas de sus asambleas como observador, haciéndome pasar por su sobrino. Esto permitió tener una idea sobre la situación de las vendedoras, el medio en el que se organizan e interrelacionan, digamos que el ambiente laboral. La susceptibilidad de una de las dirigentes –a la cual nos referimos con un seudónimo– provocó que ya no pudiera asistir a estas reuniones.

También quiero aclarar que cuando se ha tratado de algunos aspectos delicados o que simplemente son de dudosa veracidad, se ha optado por triangular la información obtenida con distintas fuentes: la vendedora, alguien de su familia, otra vendedora o incluso algún cliente. Por ejemplo, si se trata de un puesto ilegal o de una patente ilegal, casi nadie relataba bajo qué medios la obtuvo. Sin embargo, algunas compañeras tienen más facilidad para señalar con el dedo y contar las faenas de las demás, más aún si existe algún tipo de rivalidad. Desde luego, no significa que esto sea tomado como enteramente fidedigno; pero sí sirvió para cotejarlo después con la persona implicada.



---

## II. CONSIDERACIONES TEÓRICAS

---

Para el caso de la venta de comida en la calle, algunas investigaciones se han orientado hacia aspectos nutricionales y de salud, pero, en general, principalmente se han producido trabajos que solamente la toman brevemente en cuenta dentro del análisis de la economía informal o popular. Esta investigación no sigue ninguno de esos caminos. Para conducir gradualmente hacia el foco de interés y dar cuenta sobre lo que hasta hora se conoce sobre el tema, propongo exponerlo en tres tópicos: el primero, y aunque no sea central para esta investigación, es el de la economía informal, al cual, a fin de cuentas, pertenecen todos los agachaditos; el segundo se ocupa de los aportes conceptuales y empíricos del análisis de la trayectoria laboral; por último, se expone en líneas generales el trabajo desde un enfoque de género.

### I. ALGUNOS ENFOQUES SOBRE LA ECONOMÍA INFORMAL

Se empezó a hablar de empleo informal a partir de investigaciones sobre el nivel de ingresos en Ghana y Kenia. Este trabajo fue llevado a cabo por Keith Hart (1973) y difundido por la Organización Internacional del Trabajo. En un inicio, la distinción era muy simple, pues se establece que el empleo formal se sustenta en algún tipo de relación contractual y asalariada, mientras que el informal es una actividad económica por cuenta propia (Hart, 1973). Para 1991, la OIT se refirió al sector informal como el de actividades económicas en pequeña escala con mano de obra predominantemente familiar. Pero cada vez surgieron más estudiosos que comenzaron a afinar la definición y así también se fueron diversificando las maneras de ver a un mismo problema (OIT, 1992; OIT, 1993; OIT, 2012).

Para comenzar a exponer los enfoques más consistentes que analizan la problemática del comercio informal, es importante aclarar que

el criterio principal empleado es cómo definen y delimitan su objeto de estudio. Algunos autores ponen énfasis en su comportamiento y los aspectos organizativos y otros en aspectos normativos. Los primeros vuelcan su interés en temas estructurales, mientras que los segundos en temas institucionales. En cualquiera de los dos enfoques discurren diferentes posturas que destacan la explotación y la lucha de clases, las desigualdades de género, las racionalidades étnico-culturales y otros. Según el camino interpretativo elegido, se producirá no solamente un enfoque diferente, sino también una explicación y proyección distintas. De igual manera, si se quiere hablar sobre los efectos de la informalidad o si se orienta a proponer políticas de intervención.

Entonces, aquella mirada que se interesa en la problemática desde la legislación laboral, las regulaciones municipales y las obligaciones impositivas, lo toma como una construcción surgida de la relación entre el Estado y el mercado, por ser éstos los que producen normas legales. Se han producido contribuciones importantes desde este punto de vista, especialmente tratándose de aspectos económicos y del mercado laboral. Por ejemplo, De Soto construye su definición de informalidad a partir de cuatro aspectos: el sociolegal, basado en el derecho y la economía; las actividades económicas a mayor escala que la de individuos o familias; los ingresos y el ahorro del gasto (1986). Pero, en general, no tiene una postura dualista entre lo formal e informal, es más, cree que la actividad informal está entre la formal y la delincuencia. De Soto no contraponen lo formal y lo informal porque ambos tienen una utilidad social. Sin embargo, cabe observar que la debilidad que se evidencia es la tendencia a no considerar las condiciones específicas y particulares de cada rubro dentro de la informalidad, pero esto es común a muchos otros autores (Piore, 1983; De Soto, 1986; Portes, 1995; Pereira, 2015). Hay una composición y dinámica propia en cada actividad que el marco normativo generalmente pasa por alto; además, la amplia heterogeneidad –me refiero a las condiciones de trabajo y diferentes grados de relación con la norma– supera su conceptualización y las previsiones sobre su comportamiento frente a afectaciones coyunturales económicas, políticas o de otra índole.

El otro enfoque suele atender más a la situación del trabajo, es decir, a las formas de organización, a las características de la estructura económica



y social del país; en otras palabras, a las interacciones laborales por sobre los factores legales. El foco de atención es la unidad económica y su contexto organizativo, ya que éste explica su comportamiento y de él proceden las reglas (formales o no) que actúan incluso sobre los propios modos de vida (Singer, 1986; Gajraj, 2015). En términos de reglamentaciones, autores como Tassi, Medeiros, Rodríguez Carmona y Ferrufino identifican fuertes tensiones entre el sector formal y el informal, ya que muchas veces las organizaciones populares desbordan social, económica y políticamente la anquilosada máquina institucional oficial constituyendo lo que llaman una “institucionalidad alternativa” (2013: 8).

Si hablamos en términos de definición, desde el primer enfoque, el sector informal está fuera de las regulaciones y responsabilidades tributarias; mientras que, desde el segundo enfoque, el sector informal es producto de las condiciones económicas, socioculturales y la organización del trabajo en cada país, además que no tiene las características mencionadas del sector formal y posee una dinámica y forma de organización propias. Precisamente esta relativa independencia es tomada por algunos autores como una forma de resistencia a los aspectos estructurales de la economía neoliberal y sus formas institucionales, ajena a la necesidad del pueblo (Tassi *et al.*, 2013; Gago, 2018 [2015]) y, como la categoría de informal puede medirse desde lo formalmente instituido, prefieren hablar más de economía popular que de informal. Las vendedoras de comida en la calle también tienen estas características, incluso son vistas como “altamente efectivas, dinámicas, flexibles gracias a su estructura descentralizada de redes de actores populares, por lo que contribuyen a la seguridad alimentaria” (Gajraj, 2015: 23).

Para Nico Tassi *et al.*, la mencionada institucionalidad alternativa o “nuevas institucionalidades” tiene como referente al pasado de larga duración que se ha nutrido con mecanismos de la organización social andina fundada en la reciprocidad y las relaciones de parentesco. La persistencia de prácticas y lógicas andinas es más visible en la ciudad de El Alto, donde confluyen ex mineros relocalizados por el Decreto 21060 y migrantes del área rural empujados por el proyecto fallido de la Revolución Nacional de 1952. Para Tassi *et al.*, la capacidad organizativa también deriva de este pasado campesino-sindical, que además se funde con el principio de reciprocidad.

De cualquier forma, al tratar el concepto de informal, debemos entender que es completamente referencial. Es informal en tanto que no cumple con las condiciones de una unidad productiva formal: contar con más de cinco empleados, fomentar la especialización y desarrollar un alta división del trabajo, incorporar tecnología, procesos productivos y administrativos estandarizados y con desempeños diferenciados, permanentes cálculos de costo-utilidades, cumplimiento de reglamentaciones legales (Portes, 1995). Algunos autores que emplean estos criterios rígidamente consideran que el cuentapropismo y la microempresa son parte de la informalidad. Pero existen algunos profesionales y técnicos, así como muchas microempresas, que cumplen con varias de las condiciones de formalidad o están articulados directamente con el sector formal; en tal caso, lo que se necesita es analizar con mayor detenimiento las formas específicas de organización del trabajo en relación al contexto socioeconómico y la dinámica del sector o actividad que se está analizando. Así, muchas pequeñas unidades, que pueden catalogarse como semiempresariales y familiares, son esencialmente vistas como autónomas, pero tras un análisis más detallado se percibe que en realidad están subordinadas a desempeños de alguna empresa o capital para que ésta pueda abaratar costos (Escóbar y Guaygua, 2008: 22).

La informalidad halla su razón en la estructura del mercado laboral, en la relación entre la oferta de trabajo y la demanda de empleo, lo que significa una relación entre la estructura y el proceso de formación de la oferta. Para poder establecer esta relación se necesitan bases de datos muy completas y fiables que den cuenta del comportamiento demográfico y muchos otros aspectos de la estructura económica. Si añadimos aspectos culturales, como el rol de la familia en la determinación de la participación laboral, se puede llegar a comprender cómo ambos actúan sobre el tamaño de la Población en Edad de Trabajar (PEA). Cuando se produce un incremento de la PEA, se origina lo que se conoce como *transición demográfica*. Éste suele ser el caso de una población juvenil grande que se inserta parcialmente en el trabajo formal, provocando que jóvenes y adultos desplazados en la pugna por este bien escaso, que es el empleo, opten por el sector formal. Con mayor facilidad esto sucede en economías con bajo nivel de desarrollo productivo, principalmente con predominio del sector primario. También es preciso tomar

en cuenta el desencanto del trabajo formal, producto de las bajas condiciones laborales y bajos salarios.

En torno al comportamiento de las familias respecto al trabajo, se toma en cuenta la estructura social y la conducta diferenciada que tienen según su estrato, puesto que hay que considerar que se trata de “un complejo proceso social en el cual los factores del hogar y del mercado interactúan como oportunidades y restricciones” (Escóbar y Guaygua, 2008: 16). Mientras que unas familias retrasan la inserción laboral de sus miembros, otras pueden alentarlos; de igual manera, pueden influir en el tiempo de trabajo y las distintas formas de empleo. Esta racionalidad se puede apreciar con abrumadora claridad en las comideras, en tanto su origen, trayectoria laboral y las expectativas que se crean para los hijos a lo largo del tiempo y entre generaciones.

Pero fuera de estas determinaciones, lo que está claro es que la oferta de trabajo formal crece a un ritmo menor que la población que está dispuesta a trabajar. La situación económica del país y cómo se percibe ésta será la causa para que las familias valoren su nivel de ingresos en relación a las expectativas de su consumo y también de los servicios sociales a los que pueden acceder. En Bolivia, los desocupados no gozan de un bono de desempleo, mucho menos un trabajador informal; sin embargo, en los últimos años, se han realizado algunos esfuerzos para deslaboralizar algunos ámbitos de la protección social, ampliándola a sectores específicos, como mujeres embarazadas, gente de la tercera edad y niños. Considerando la enorme cantidad de personas dentro de la informalidad, estas medidas brindan protección social y podrían modificar de algún modo la manera como las personas ven su situación de vida.

En suma, el amplio consenso entre especialistas en el tema apunta a que el trabajo informal se ve alentado por el débil incremento de la oferta de empleo formal, el reducido y lánguido desarrollo del sector público y privado, las características del patrón tecnológico, el nivel de productividad, la política fiscal, la estrechez del mercado interno y la poca inserción en el mercado externo. Esta problemática se relaciona con la organización social del trabajo y la manera en que se desarrolla el proceso de producción y distribución en el país.

Desde el otro enfoque, como se dijo, el comportamiento del sector informal responde a su contexto institucional y las normas instituidas

por un marco institucional y/o por convenciones de cada sector y unidad productiva, siempre como resultado de la deliberación y negociaciones internas. Desde esta perspectiva, el trabajo informal cuenta con un modelo regular, tomando en cuenta que, al momento de analizar cualquier objeto de estudio, se considera si éste se desmarca total o parcialmente de las reglamentaciones legales y fiscales. Esto quiere decir que lo normativo se convierte en un modelo explicativo y definitorio de la informalidad, minimizando las condiciones materiales, al contrario del enfoque estructural. De esta manera, lo que además prima es la inserción al sector informal como resultado de un cálculo racional para garantizar una fuente de ingreso, por lo tanto, se considera una decisión individual; sin embargo, desde este enfoque, dicha decisión es enmarcada dentro de las reglamentaciones, el mercado laboral y el desempeño en el trabajo. Optar por el camino de la informalidad resultaría ser una respuesta no buscada, sino contingente a la institucionalización y a la rigidez o a la amplitud del mercado de trabajo. Esto da como resultado el crecimiento de una población cuyas condiciones de vida se deterioran a la sombra del neoliberalismo y su patrón de acumulación (Escóbar y Guaygua, 2008).

Wanderley, en oposición a este postulado económico de la eficiencia, propio de la teoría neoclásica, argumenta que en el caso de la inserción laboral de las mujeres al trabajo informal, proporcionalmente mayor al de los hombres, no se trata simplemente de dicho “cálculo” dentro de los hogares para permitir que aquél que esté en mejores condiciones opte por trabajos de mejor paga, y a que, por otro lado, las mujeres sean más eficientes para las tareas domésticas (2003: 142). Es necesario considerar aspectos como la inequidad de género sobre la cual se van ordenando las relaciones y el trabajo dentro del hogar, así como las tareas del cuidado, las oportunidades educativas o de cualificaciones, etc.

## 2. A PROPÓSITO DE LAS TRAYECTORIAS LABORALES

Pocas cosas en la vida de las personas son tan totalizantes como lo es el trabajo, ya que es parte de casi todo lo que hacen desde muy temprana edad y les acompaña el resto de la vida. Pareciera que todo se configura en torno al trabajo; es muy común que desde la niñez se les vaya

enseñando a los niños lo que es el trabajo, también es normal que se les acose preguntando qué quieren ser de grandes. En lo que respecta al colegio y la universidad, la educación se toma como el camino hacia el éxito laboral y económico y la realización personal está subordinada a éstos. Tan importante es entender la trayectoria laboral que cuando se pretende analizar la posición de las personas en la sociedad, su estrato socioeconómico o la movilidad social que experimentan, se recurre a ésta.

La noción de trayectoria se refiere a la “serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1997: 82). Cuando hablamos de analizar la trayectoria laboral, se trata de rastrear las colocaciones laborales consecutivas que tienen las personas a lo largo de su vida o durante un periodo determinado. La trayectoria laboral es como una biografía que se orienta hacia el registro de las ocupaciones que –con niveles bajos o altos de libertad de elección, debido a las condiciones de la estructura económica, el mercado de trabajo y las probabilidades que produce el origen social– a lo largo del tiempo han ido desempeñando sin importar que dicha trayectoria sea continua o necesariamente ascendente. “Los acontecimientos biográficos se definen como inversión a plazo y desplazamientos en el espacio social, es decir, con mayor precisión en los diferentes estados sucesivos de la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital que están en juego en el campo” (*ibid.*). Lo que quiere decir que en esta investigación se dio mucha importancia a registrar dichas posiciones laborales sucesivas hasta llegar a la venta de comida en la calle –hayan sido varias o tan solo una–; pero su análisis se concentra en las condiciones que produce una determinada trayectoria.

La manera de entender, en esta investigación, el concepto de trayectoria laboral no es la única; por ello, quiero explicar brevemente cómo ha evolucionado este concepto y cómo puede llegar a emplearse. Al principio, el concepto de trayectoria laboral apareció bajo la idea de *carrera*, con lo cual pretendía explicar el desenvolvimiento de los individuos en diferentes esferas de la vida, no solamente dirigido al ámbito laboral (Elder, 1991; Muñiz, 2012). “El concepto de trayectoria se refiere a una línea de vida o carrera, a un camino a lo largo de toda

la vida, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción” (Elder, 1991: 63).

Pero hay que tomar en cuenta que un ejercicio biográfico entraña un dilema epistemológico, ya que, por un lado, se trata de cómo percibe el actor social su trayectoria laboral, cómo cuenta su historia, pero también cómo puede ser recompuesta por alguien ajeno a dichas experiencias. Godard (1998) propone una solución a este dilema a partir de diferenciar el término de trayectoria y el de carrera como un recorrido. Este último está constituido por el relato que el individuo hace utilizando sus propias categorías con las que percibe su realidad, mientras que la trayectoria está enmarcada en esquemas producidos por el investigador.

Pese a la copiosa producción sobre la complejidad, pero necesaria distinción entre lo que dice el actor, su “percepción” y los esquemas interpretativos del investigador, aún hay autores que no contemplan esta consideración. Didier Eribon advierte sobre los riesgos de quedarse tan solo con el punto de vista de los actores, puesto que la forma que perciben sus condiciones de vida está instituida en un marco producido por el universo social del cual proceden, así que la interpretación que tienen reproduce los significados del mismo.

Es por eso que cualquier sociólogo o filósofo que pretenda ubicar en el centro de su razonamiento el ‘punto de vista de los actores’ y el ‘sentido que éstos dan a sus acciones’ se expone a no ser más que una estenografía de la relación mistificada que los agentes sociales establecen con sus propias prácticas y, en consecuencia, a no hacer más que contribuir a perpetuar el mundo tal cual es: es una ideología de la justificación (del orden establecido) (2017 [2009]: 50).

Las determinaciones sociales circunscriben a la trayectoria laboral a lo largo del tiempo, es decir, desde el pasado hasta el presente; pero también hacia los planes individuales a futuro. En estos tres momentos, hay una relación permanente entre la trayectoria laboral de las personas y la “estructura social histórica”, relación que aborda Pries (1999) bajo la figura del “proyecto biográfico laboral”. Este concepto alude a que la sucesión de posiciones laborales se produce bajo limitadas posibilidades de elección en función al medio socioeconómico del que procede el individuo, el cual también condiciona las aspiraciones hacia el futuro.

Estas consideraciones tienen como propósito aclarar la perspectiva que se ha adoptado para esta investigación. Hay diferentes enfoques del mismo concepto y esto puede marcar propósitos diferentes y también abordajes metodológicos. Cuando el propósito es presentar la secuencia de colocaciones laborales en determinado periodo de tiempo, los estudios se inclinan más del lado de la movilidad laboral y su interpretación se apoya en datos estadísticos sobre el mercado laboral o las ocupaciones que tienen los diferentes segmentos de la población (Beccaria y Mauricio, 2003; Anguiano, 2002; Tornarolli y Conconi, 2007). Pero lo que pretendo con el presente trabajo es indagar sobre los aspectos que condicionan las decisiones de las personas, en este caso, de las comideras. Por lo tanto, el mercado laboral solamente es el contexto. La centralidad se halla en el entrelazamiento de las trayectorias laborales en el marco instituido por el origen social y el género que dan sentido a sus decisiones.

Algunos autores han trabajado este aspecto tan subjetivo utilizando el registro biográfico para reconstruir las condiciones en las que se toman las decisiones desde el pasado, en el presente y hacia el futuro (Sautu, 2002; Sanz, 2005; Roberti, 2011). Para hallar *la ruta del agachado* se puso énfasis en la trayectoria antes que en el recorrido –desde la distinción que Godard propone–, lo que quiere decir que nos hemos apoyado en la biografía como recurso metodológico; pero se tuvo cuidado de no quedarnos solamente con el relato de nuestras informantes y su particular punto de vista a partir de emplear categorías de análisis como la posición socioeconómica, el contexto y la noción de temporalidad.

La posición socioeconómica se entiende como el acomodo que las personas o grupos tienen en determinadas estructuras socioeconómicas producidas en un momento histórico dado; dichas posiciones están diferencialmente sujetas a oportunidades y restricciones. De este modo, según Anthony Giddens (1995), un sistema económico y social determinado posee facultades estructurales para producir niveles diferenciados de coerción o de favorecimiento que va posicionando a los agentes en estratos o niveles dentro de la sociedad. Dado que el sistema educativo se considera una vía para que los actores sociales puedan superar dichas restricciones impuestas por el origen social y prosperar en la estructura socioeconómica, se ha tomado como punto de partida los estudios

que habrían alcanzado para determinar si la posición socioeconómica de las comideras es baja, media o alta. Este empleo unilateral del concepto de posición socioeconómica obedece a dos motivos: por un lado, al iniciar la investigación, fue lo más factible para indagar los ingresos económicos o bienes materiales que posee; por otro lado, este ejercicio fue descubriendo un vínculo regular entre los estudios realizados y sus trayectorias laborales.

En lo concerniente a ese marco contextual empleado en los estudios sobre la trayectoria laboral, se refiere a las condicionantes de la estructura económica y las características del mercado laboral y la llamada economía popular; también aborda aspectos culturales y hasta políticos en los cuales se ha formado el dato biográfico. En tal caso, el marco conceptual no solamente influye en las condiciones objetivas de vida, sino también en las subjetivas, pues produce las mencionadas categorías de percepción que surgen cuando los informantes relatan su biografía.

Por último, el registro biográfico está ligado a una temporalidad que no es uniforme ni mucho menos única, puesto que se podría hablar de que en éste se pueden considerar varios niveles, que, aunque en la realidad trascurren entrelazados, puede hacerse una distinción con fines puramente analíticos. Quiero empezar con el tiempo natural, el que transcurre con la única arbitrariedad humana de medirlo con escalas como horas, minutos, meses o años; esto nos permite determinar, por ejemplo, la edad biológica de una persona, el tiempo que desempeñó un trabajo, etc. También se puede hablar de un tiempo social hecho de formas instituidas social y culturalmente; con esto podemos determinar etapas o ciclos de la vida como el matrimonio, la paternidad o cualquier rol social, ya que no siempre van a la par de la edad biológica. Además, considero que difícilmente la gente lleva siempre emparejada su edad social con la biológica. Por último, tenemos aquel que transcurre en la percepción de los actores, lo que podría denominarse como tiempo biográfico; con éste podemos analizar la interpretación que hacen de su situación, de su pasado y su porvenir, pero teniendo en cuenta que corresponde a categorías incorporadas desde el campo social del que se procede y que le da sentido a sus actos y a su percepción de las cosas.



### 3. UN TRABAJO FEMINIZADO: ENTRE EL HOGAR Y EL MERCADO LABORAL

Cuando se habla de reducción de la desigualdad en términos de género, uno de los espacios más mentados es el mercado laboral, donde las jerarquías y las diferencias salariales entre hombres y mujeres todavía restringen las oportunidades y hasta predestinan las trayectorias laborales. Precisamente el análisis de la trayectoria laboral permite ver cómo se construyen las relaciones entre hombres y mujeres que llegan a condicionar las experiencias de trabajo y obstaculizar la libre construcción de proyectos personales (Mauro, 2004).

Al plantearlo de este modo, se entiende que, por ejemplo, en un mismo ámbito laboral, los hombres y las mujeres viven una distribución desigual de las oportunidades y de las recompensas, y que se legitima bajo la ideología de la división sexual del trabajo. Específicamente, para encarar esta investigación, empleamos una característica de este concepto, que es el trabajo feminizado. El trabajo feminizado alude a ocupaciones que tienden a concentrarse en mujeres y que se caracterizan por ser una prolongación de lo doméstico, como la preparación de comida, “los cuidados, la confección textil, la enseñanza, la enfermería, o la atención personal...” (Gomez Bueno, 2001: 30). Además, estos empleos feminizados se caracterizan por la precariedad laboral y los bajos ingresos. “Si bien, por un lado, la mirada longitudinal revela una relación de concomitancia entre la feminización y el deterioro de las ocupaciones, la observación transversal reitera, por un lado, la obstinada sobrerrepresentación de las mujeres en los trabajos de peores condiciones relativas en distintos momentos históricos” (De Oliveira y Ariza, 2002: 654).

Según Escóbar y Guaygua, para tomar en cuenta la calidad o las condiciones de las personas que se insertan al mundo laboral, se emplean ciertos indicadores de estabilidad laboral, como el nivel de ingresos y la cobertura de prestaciones. A partir de esto, los autores proponen cuatro categorías:

- Hogares con inserción no precaria: se trata de ocupados plenos.
- Hogares con inserción precaria baja: cuando el jefe de familia es ocupado pleno, mientras que otro miembro es de ocupación precaria.

- Hogares con inserción precaria media: cuando todos están en situación de precariedad laboral y solamente un miembro secundario es de ocupación plena.
- Hogares con inserción precaria alta: cuando la ocupación precaria es generalizada para todos sus miembros (2008: 25).

De la misma manera, Aguirre (2001) afirma que si las mujeres no acceden a trabajos bien pagados y estables no se debe solamente a que estos puestos no estén disponibles en el mercado laboral sino a cómo la sociedad distribuye las ocupaciones para uno u otro sexo. Esto se debe considerar también si analizamos la creciente presencia de la mujer en el trabajo remunerado, puesto que esto no cambia el hecho de que los mejores puestos y remuneraciones todavía sean ocupados por los varones. Se trata de relaciones de poder que regulan las relaciones entre hombres y mujeres y están arraigadas en la misma cultura y la estructura social.

En este campo, se reproducen, fomentan y reinterpretan los estereotipos sociales que influyen sobre las trayectorias laborales y las propias decisiones individuales respecto a cuál camino tomar. Se señalan conductas y atributos según sexo, y los de la mujer no son precisamente los más deseables para muchos trabajos, aunque sí para aquellos que todavía son comprendidos como parte de la esfera doméstica. Los estereotipos más comunes sobre la mujer se refieren a su baja cualificación, poco compromiso laboral por anteponer a la familia en orden de prioridades, que solamente pueden desempeñar un trabajo para lo cual ya han sido preparadas en el hogar, que no soportan presiones y que no podrían con un cargo de autoridad. De igual forma, un estereotipo muy influyente es aquel que proviene de la maternidad, pues produce interrupciones en la actividad laboral mercantil, lo que las mantiene en tareas domésticas y de cuidado.

La identificación de lo doméstico como femenino sigue siendo tratada como de la esfera de la naturaleza. Por lo mismo, los costos de esta “interferencia” (la maternidad), tan vital, no son reconocidos socialmente y siguen siendo devaluados tanto a nivel económico, como social y culturalmente (Wanderley, 2003: 151).

De esta manera, cuando las mujeres “deciden” dedicarse a vender comida, lo que están haciendo es reproducir los roles asignados por una estructura androcéntrica y por relaciones de poder presentes desde mucho antes de que tengan que decidir (Chitarroni, Longo, Salas y Voria, 2002). Los estudios sobre discriminación laboral destacan a los estereotipos de género como la justificación ideológica implícita en esta realidad que determina las trayectorias laborales entre hombres y mujeres. Se trata de percepciones que dan contenido a las disposiciones que mantienen los roles de género.

Esto también se aplica a las aspiraciones o proyectos laborales, pero en este caso centrándonos en la variable de género. Las aspiraciones inscritas en el imaginario y las oportunidades laborales reales suelen diferir sobremanera, según se trate de hombres y mujeres, ya que también se desenvuelven en espacios sexuados. Si tomamos los espacios público y privado, se nota la preponderancia de los hombres en el primero y las mujeres en el segundo, y si lo llevamos al análisis de las trayectorias laborales, notamos que existe una predisposición a reproducir también los mismos roles.

Es cierto que las cosas han cambiado y que desde hace algunas décadas se da una valoración positiva a la inserción laboral de las mujeres; pero los estereotipos de género persisten en fundir la familia y el trabajo, sobrecargando de trabajo a las mujeres (Wanderley, 2003; Mauro, 2004; Escóbar y Guaygua, 2008; Lo Vuolo y Pautassi, 1998), puesto que, además de estar ocupadas en un trabajo mercantil, todavía deben completar su doble jornada laboral con el trabajo en el hogar.

Casi en su totalidad, los puestos de agachaditos están cubiertos por mujeres, más o menos reflejando un rol anclado en la división social del trabajo por género como prolongación del espacio doméstico. Dado que la presente investigación hace énfasis en la relación entre la estructura y las características individuales que condicionan la elección de esta actividad económica, considero importante el aporte de Wanderley (2003), en el que aborda la problemática de la inserción laboral desde un enfoque de género; específicamente cómo la dinámica del hogar incide en la inserción en el mercado de trabajo.

El género se constituye sobre “prácticas, actividades, conductas, sentimientos, valores y percepciones que diferencian al hombre y a la

mujer en los procesos de interacción cotidiana” (*ibid.*: 23), y además se forma, reafirma y cambia en el transcurso de la vida social de éstos. Su estudio se centra en el comportamiento económico de hogares en torno a esta relación entre lo doméstico y lo extra doméstico, porque, según la autora, la “estructura social, entendida como patrones de relaciones sociales es central para la comprensión de las conductas económicas, tanto en el hogar como en el mercado de trabajo” (*ibid.*: 99). El trabajo se realizó con 118 hogares de los departamentos de La Paz, El Alto y Santa Cruz. La labor que se hace dentro del hogar es también un trabajo como cualquier otro, porque demanda tiempo y recursos para generar bienes y servicios, y si ningún miembro del hogar lo hace, tendrían que recurrir a pagar a otros para que lo hagan. El problema es que este trabajo recae más en las mujeres que en los hombres.

Al interior de los hogares, existen diferencias de edad, género y estrato socioeconómico, que guardan una relación con la asignación de responsabilidades y el tiempo que se dedica a la producción de bienes y servicios. La identidad de género tiende a hacer más inflexibles los roles y las responsabilidades dentro del hogar; esto se comprueba cuando, a pesar de que sean más cortas las diferencias de escolaridad e ingresos entre hombres y mujeres, la inequidad continúa pesando sobre las cónyuges, mostrando que no hay ninguna racionalidad económica y que “son las pautas sociales las que determinan las responsabilidades domésticas y la crianza” (*ibid.*: 151).

En esta investigación se tomó en cuenta todos estos factores para analizar el “orden” que produce las disposiciones de roles de género e investigar cómo fueron tomando la decisión de vender comida en la calle.

---

### III. PRINCIPALES HALLAZGOS: OPTAR POR LA “RUTA DEL AGACHADO”

---

... y la esperanza se extinguía en un profundo sentimiento de nulidad social, en la que los orígenes oscuros y la falta de fortuna mantienen a tantos espíritus superiores.

Honore de Balzac, *Las ilusiones perdidas*

Es común escuchar a la mayoría de las personas –incluyendo a políticos y sus programas de gobierno– que el gran problema es la pobreza a causa de la falta de trabajo. Pues si bien es muy cierto que la oferta de empleos formales (contractuales y asalariados) no es abundante, esto no quiere decir que “no hay trabajo” y que todos estén desocupados. Lo que sucede es que, al no contar con un empleo formal, las personas buscan otras fuentes de ingreso en función a sus posibilidades y capacidades, a lo que el sector informal se convierte en una de las opciones más accesibles. En este acaso hablaremos de los condicionamientos o disposiciones que distribuyen los oficios, desde las condiciones socioeconómicas a la división sexual del trabajo, cuya desigualdad persistente está circunscrita a las trayectorias laborales.

Naturalmente, quiero enfocarme en los efectos que se producen sobre las condiciones de vida de las personas y cómo optan, bajo determinadas características individuales, por ciertos caminos que les permita mejorar sus ingresos; es decir, a caminos que unos o unas eligen, pero otros no. Lo que quiero decir es que, a partir de analizar esta problemática, se revelan características de nuestra estructura social, no sólo en lo tocante a lo económico, sino también en lo social y lo cultural. A fin de cuentas, quienes están más dispuestas a sacar sus ollas a la calle y vender comida son las mujeres antes que los hombres.

En una primera parte, se hará una descripción de las trayectorias laborales de las entrevistadas para luego hacer un análisis de las condiciones que producen la decisión de optar por la venta de comida. Por último, se indagará sobre la situación de las comideras y sus proyecciones a futuro.

## 1. LAS COMIDERAS Y SUS TRAYECTORIAS LABORALES

Las entrevistadas fueron 72 y se encuentran insertas en los diferentes horarios (mañaneras, diurnas, nocturnas y trasnochadoras) y estancias (cerrada, abierta y mixta) antes descritos. Además, se recorrió la Festividad del Señor del Gran Poder y otras fiestas de barrio, pero solamente con el afán de hacer un seguimiento a los puestos ya antes contemplados y que corresponden a una estancia cerrada o mixta, ya que sería completamente difícil hacer la investigación con aquellos puestos que solamente realizan su actividad en la fiesta. Una vez que se pudo determinar casos significativos, el estudio se profundizó solamente con diez de ellas para así construir sus trayectorias laborales con mayor detalle.

### *1.1. Trayectorias de vida*

Posiblemente el título sea demasiado amplio, pero se lo eligió con el afán de destacar algunos aspectos de la vida de las comideras que caracterizan su posición socioeconómica, la cual es, en términos explicativos, profundamente relevante para la trayectoria laboral.

Para comenzar, fueron setenta y dos comideras con las que se pudo conversar con mayor o menor profundidad mientras yo, como cliente, consumía su comida. Antes de centrarme solamente en las diez que sirvieron para registrar sus trayectorias laborales, quiero hacer referencia a la totalidad de las entrevistadas. La edad de estas mujeres variaba entre los 21 y los 72 años, pero la mayor población se encuentra en los rangos intermedios, es decir, entre los 31 y los 50. No es frecuente que una mujer menor a los 20 tenga su propio puesto de comida y pocas continúan con esta actividad, ya entradas a la tercera edad. Cuando se encontró a una joven de veinte años o menos, era alguien que atendía el puesto eventualmente por ausencia de la titular o porque estaba asistiendo al trabajo como ayudante. Cuando se trata de mujeres mayores, éstas dicen estar aplazando para cualquier momento su retiro debido a que se sienten físicamente cansadas a causa del duro esfuerzo de cocinar y salir todos los días a la calle; incluso hacen referencia a malestares persistentes producidos por el ritmo de trabajo que mantuvieron por muchos años (cuadro 1).

Cuadro 1. Edad de las vendedoras

Rango de edad	Cantidad
21 a 30	14
31 a 40	20
41 a 50	20
51 a 60	11
61 a más	7
Total	72

Fuente: elaboración propia apoyada en trabajo de campo.

La primera preocupación fue conseguir información, pero el problema más tarde fue la abundante información. No pensé llegar a conversar con tantas mujeres y escuchar sus relatos, pero al empezar a percibir que, en cierta manera, “la historia se repetía”, detuve las pesquisas y decidí centrarme en los casos más significativos y, con éstos, profundizar el estudio. Diez fueron las mujeres que se volvieron las columnas de esta investigación: Brígida, de 26 años; Tatiana, de 28 años; Lizbeth, de 30; Delia, de 39; Juana, de 43; Patricia, de 45 años; María, de 46; Justina, de 49; Clotilde, de 59, y Cristina, de 66 (figuras 1 y 2).

Figura 1. Puesto de agachadito en turno nocturno



Fotografía: Mircko Vera.

Figura 2. Puesto de agachadito en turno diurno.



Fotografía: Mircko Vera.

Para comenzar, y como lo había ya antes delineado, el aspecto educativo es el punto de partida para caracterizar el nivel socioeconómico de las comideras, sin embargo, debo antes hablar de una aparente dificultad que se hizo evidente: la escasa diferencia entre una y otra vendedora; entonces, ¿qué utilidad tendría hablar de “niveles”? Como veremos más adelante, hay quien es analfabeta o escasamente ha deambulado por los primeros cursos de la primaria, mientras que hay otras que terminaron la secundaria y hasta buscaron algún tipo de cualificación; pero realmente ninguna de ellas ha logrado títulos universitarios para decir que pertenece al nivel alto. Sin ninguna intención de desestimar la situación de las personas en cuestión, se mantuvo la jerarquización inicialmente propuesta (baja, media y alta) con el fin de conservar una referencia en términos globales a la estructura social; por lo tanto, aunque no se ubiquen en posiciones sociales elevadas, las distinciones existentes entre las vendedoras se fue determinando a partir del aspecto educativo. Conforme fue avanzando la investigación, se tomaron también en cuenta factores como el origen social y el nivel económico, el tipo de inserción laboral del hogar de sus padres y



del suyo. Aunque cabe aclarar que solamente se tratará de dar explicaciones aproximativas y no conclusiones definitivas.

A pesar de que alguna mujer joven tuvo que abandonar los estudios y alguna de avanzada edad culminó el bachillerato, la tendencia es que cuando se trata de una informante de más edad, menor suele ser el nivel de estudios alcanzado. En esto es necesario tomar en cuenta que aquellas que están entre los sesenta y los setenta vivieron en una época en que la situación de las mujeres no demandaba que buscaran más educación; incluso hasta era negada explícitamente, en especial entre las clases populares.

Nada, pues, papito. No sé leer. Claro que hubiera querido estudiar, pero mi mamá me ha dicho: “pa’ qué quieres estudiar, ¿acaso eres hombre? Los hombres tienen que estudiar”, diciendo (Cristina, 66 años, 19-5-2018).

Del total de las entrevistadas, cuatro no tuvieron ningún tipo de estudio y de éstas dos son completamente analfabetas. Estos cuatro casos corresponden, como dije antes, a mujeres de avanzada edad (una casi en los sesenta y las otras debajo y arriba de los setenta). Por otra parte, solamente tres mujeres jóvenes estuvieron iniciando estudios superiores y veinticinco culminaron el bachillerato; pero el resto lo abandonó en la secundaria e incluso en la primaria, como veremos en el cuadro 2.

Cuadro 2. Estudios realizados según rango de edad

Estudios	Rango de edades				
	21 a 30	31 a 40	41 a 50	51 a 60	61 a más
Ninguno	0	0	0	1	3
Sólo Primaria	1	1	3	1	1
Hasta Secundaria	2	8	11	7	1
Bachillerato	9	10	6	2	2
Estudios universitarios (inconcluso)	2	1	0	0	0
Estudios técnicos*	3	3	2	1	2

Fuente: elaboración propia apoyada en trabajo de campo.

\* Esta es una categoría especial, puesto que puede cursarse sin tener el bachillerato concluido, como en el caso de cursos de tejido, pintura en tela o cocina.

Hay que tomar en cuenta que la cantidad de población en cada rango no es equilibrada, por lo tanto, no son enteramente comparables entre sí; sin embargo, esto nos enseña que las generaciones más jóvenes tienen mayores oportunidades de estudiar. Pero la interpretación de esta realidad no es tan simple, porque, en términos generales, y como veremos más adelante, esto realmente no produce un cambio significativo dentro del conjunto de las posiciones sociales, lo que quiere decir que podría ser tomado solamente como un desplazamiento de la estructura en la medida en que su posición de clase y de mujeres todavía continúa ocupando el mismo sitio aunque haya un incremento de su nivel de estudios y hasta mejorado sus condiciones de vida en relación la generación anterior. Antes había menos mujeres que terminaban el bachillerato, pero la situación de las mujeres sigue bajo las mismas características.

Al margen de los estudios escolares, de las 72 mujeres, 11 recibieron alguna capacitación en pollería, pintura en tela, repostería, macramé, cocina y otros oficios en institutos privados o instituciones como la parroquia de Munaypata, clubes de madres u otros. Solamente una estudió para ser auxiliar de oficina –estudio que no concluyó– y otra tomó clases de computación (un curso como operadora en Office).

Salvo en el caso de una hija de un agrónomo, una de un profesor de escuela y otra de una auxiliar de enfermería, tampoco se ha podido encontrar mayores estudios en la familia ascendente.

La preocupación por realizar estudios o el deseo de haberlo hecho en el pasado es siempre un tema que anteponen, pero tras hablar más a fondo o desde otros temas, de alguna manera sienten que optar por los estudios no era tan obligatorio para ellas o que no tenían otra alternativa que abandonarlos por algún evento no deseado que marcó su destino (padres de bajos recursos, orfandad, viudez o separación del cónyuge).

Tal vez hubiera querido ser otra cosa, pero no tengo estudios. Me hubiera visto, yo hubiera querido estudiar, he sido hasta abanderada [en el colegio]. Hasta primero medio nomás he hecho [hoy tercero de secundaria], porque mi mamá se ha enfermado y no podía atender el puesto (Lizbeth, 30 años, 3-7-2018).

He empezado a vender a los 18, me faltaba dos años para salir del colegio. No era buena para el estudio, me sabía *chachar* [faltar a clases]. Además, he tenido mi wawa y hay que comprar pañales, darle de comer... (Rita, 30 años, 2-10-2018).

Para el caso de mujeres de menos de cincuenta años, cinco abandonaron la escuela primaria sin terminarla. Dos de estos casos (una de veinticinco años y otra de cuarenta y seis) son producto de una inserción laboral temprana estimulada por la migración de una comunidad campesina a la ciudad. Por ejemplo, Victoria nació y vivió hasta los doce años en una comunidad en las cercanías de Tiwanaku. Luego de cursar quinto de primaria, sus padres decidieron migrar a El Alto. Al no lograr la estabilidad esperada, ella renunció a cualquier intento de retomar los estudios y se puso a trabajar. En una de las conversaciones comentó que cada día acompañaba a su madre a vender en la ciudad de La Paz –ignoro dónde y en qué–, pero era blanco de burlas por su mal castellano por parte de los niños de otras vendedoras. Así, su autoexclusión del sistema escolar la atribuye a que nunca hubiera podido ser aceptada en ningún establecimiento educativo. Sin embargo, en la edad adulta se ha empeñado por lograr otro tipo de cualificaciones: repostería, bordado, macramé, pollería, tejido..., todo en el centro de madres Munaypata.

Para hablar un poco de los agachaditos de estancia abierta, vemos que la situación educativa no cambia demasiado; pero sí llamó la atención la presencia de algunas mujeres con un nivel educativo algo mayor, a diferencia de aquellas que tienen un puesto fijo. Tal es el caso de una profesora de primaria (de aproximadamente 45 años) que trabaja en el colegio ubicado en la zona Ballivián, junto a su esposo, que es profesor de educación física; ella vende comida solamente en la fiesta de Munaypata. También el de una trabajadora social que no ejerce, pero que, de igual manera, solamente vende comida en la fiesta de El Tejar; el resto del tiempo se dedica a otras actividades comerciales. Hay otras que no tienen una educación que sobrepase la secundaria, pero sus padres o maridos sí, junto a un empleo formal; por lo tanto, no se dedican a vender comida más que en la fiesta de su propio barrio –a veces, en su propio portal.

Lo cierto es que resulta extremadamente difícil –o equivocado– tratar de hablar de la educación de las personas sin mencionar a la familia. Se ha podido observar que las familias, tanto ascendentes como descendentes, son el principio y el fin de la mayoría de las condicionantes sobre la trayectoria educativa. No solamente hago referencia a aspectos

estructurales y de clase, sino también a eventos que aparentemente –o al menos así lo perciben ellas– se tratan de pura mala suerte.

La madre de Lizbeth era la que tenía un puesto de comida y trabajó en éste por 35 años; pero, como se enfermó, Lizbeth no tuvo otra alternativa que convertirse en la titular. Está casada y tiene tres hijos de diez, ocho y tres años, los mayores estudian en el colegio Bolivariano. Como su marido es albañil, construyeron ellos mismos una ampliación en la casa de los padres de Lizbeth y así no pagan alquiler en otra parte.

El padre de Delia trabajó en la Empresa Nacional de Ferrocarriles (ENFE) y su madre vendía comida en el Mercado Calatayud, “desde que tengo memoria”, afirma. Cuando era niña, vivieron en casa de sus abuelos paternos –ubicada también en la Calatayud–; pero solían tener continuos roces con su madre, así que decidieron cambiarse a “unos cuartos en alquiler” en una casa ubicada en la calle Kollasuyo, lugar donde vivieron por más de veinte años, aunque no sin contratiempos. El padre de Delia perdió el empleo y la madre tuvo que mantener a la familia, a plan de vender comida. Como la necesidad de dinero fue apremiante, vendió su puesto del mercado Calatayud; pero al poco tiempo pudo comprar otro en el mercado Santa Cruz. De esta manera, lograron mantener a la familia, que llegó a componerse de ocho miembros: su hermana mayor, Delia y cuatro hermanos más. Todos los hijos concluyeron el bachillerato.

El emprendedurismo lo heredó claramente de la madre; pero también la naturaleza de todos los problemas que exigían que así lo fuera y a los que más o menos estaba acostumbrada desde la infancia. Delia salió bachiller y se inscribió en el Centro de Estudios Acelerados Loreto (CETAL), posiblemente con la intención de “acelerar” su inserción laboral en algo distinto de lo que hacía su madre, auxiliar de oficina. Se trata de aspiraciones limitadas por la propia condición social y además dentro de trabajos feminizados o que se supone son ocupados siempre por mujeres. Además, fue importante enfrentar la responsabilidad de su propia y nueva familia, ya que pronto tendría a su primer hijo y una pedida de mano formal; después de dos años tuvo una niña más. Las determinaciones sociales fueron todavía más enérgicas al enseñarle a Delia que esa profesión u oficio no era la ruta más apropiada para ella, así que abandonó ese curso; pero persistió en la misma institución, esta

vez tomando cursos de cocina. Delia dice que estudió para *chef*. Luego hizo varios talleres de repostería, pintura en tela, tejido, muñecos *soft*; el año cuando se realizaba la investigación, estaba realizando el curso de Repostería II.

La hermana mayor de Delia tenía un puesto de comida callejera, aunque había estudiado Secretariado. Gracias a una casualidad, consiguió un empleo acorde a su preparación –aunque más tarde se daría cuenta de que el salario no era mejor que lo que ganaba en el puesto– y le cedió el puesto a Delia, pues en ese momento estaba atravesando problemas económicos acentuados por el desempleo de su esposo y la llegada de su última hija. Actualmente el marido todavía está desempleado; pero le ayuda cuando su mujer consigue algún pedido de comida para eventos.

Brígida tiene 26 años y salió bachiller del CEMA 18 de Mayo. Cuando era niña vivían en la provincia Muñecas; de hecho, todavía sus padres viven ahí. Sus padres se dedicaban a la agricultura, ellos son de la comunidad de Nasacara, del municipio de Viacha. Ella tiene tres hermanas y dos hermanos. A los quince años, decidió que no quería seguir trabajando en el campo y emigró a la ciudad con unas tías de su padre. Muchas de sus jefas donde trabajó le sugerían que continúe sus estudios, pero no lograba decidirse; si lo hacía, ellas mismas se molestaban porque descuidaría el trabajo. Así lo postergó hasta que por fin optó por el CEMA. Allí conoció al que sería su esposo, no sin antes embarazarse de su primera hija, que ahora tiene nueve meses de edad. Como estando en cinta se le dificultaba trabajar y el trabajo de su pareja no daba para el alquiler, tuvieron que irse a vivir con su suegra. Siente que en algún momento debe seguir estudiando –es natural, considerando que aún es joven y, por lo tanto, un estado casi obligatorio–; pero no tiene cómo, no sabe cuándo ni qué estudiará.

Tatiana tiene 28 años, terminó el colegio e inmediatamente se juntó con su pareja, quien al poco tiempo la abandonó con una hija. Su madre se dedicaba a vender abarrotes en las ferias de El Alto. Su padre, ocasionalmente albañil y mayormente desempleado, siempre tuvo problemas con la bebida; un par de años antes de que Tatiana saliera bachiller, abandonó el hogar. Con todo eso, no tiene planes para seguir estudiando.

Doña Clotilde tiene 59 años. A los 18 años se fue sola a vivir a la ciudad de La Paz y se estableció en la casa de su madrina. Allí conoció al que sería su esposo y con el cual se casó casi de inmediato. De niña, vivió en el campo con su familia en Nasacara, municipio de Viacha, y luego de casarse, tras atravesar dificultades económicas, regresaría allí durante ocho meses. Al ver que no tenían un futuro en ese pueblo, como le decía su marido, se trasladaron a la provincia Muñecas, de donde su esposo es originario, y se quedaría allí para el nacimiento de la primera hija de otros cinco que tendrían mientras duró el matrimonio. Luego de un poco más de un año regresaron a La Paz, esta vez al barrio de Pampahasi. Al inicio, el esposo era ayudante de albañil y ella empezó a vender comida; así, se cambiaron a vivir al barrio El Tejar. Con la responsabilidad de una familia en aumento y los inestables ingresos de su esposo, que para ese entonces ya era maestro albañil, todos sus esfuerzos se volcaron hacia el trabajo y nunca tuvo la posibilidad de realizar estudios.

La señora Justina estudió solamente hasta quinto de primaria y lo hizo mientras vivía en Viacha, junto a sus padres, que se dedicaban a la agricultura. Según sus padres, el quinto de primaria era suficiente “para que sepa hacer lo necesario una mujer”; por lo tanto, no tenía por qué seguir estudiando. Para los años en que Justina era una niña, esta conducta era muy frecuente. Con 17 años, decidió emigrar a El Alto con el padre de su futuro hijo. Al quedar embarazada de su segunda hija, el marido la abandonó por otra mujer. Fue entonces cuando se trasladó por la zona del cementerio a ganarse la vida.

Patricia Acarapi salió bachiller a los 18 años y a los 20 ya estaba casada. Inicialmente vivía en casa de su suegra. Ella lamenta no haber recibido nunca apoyo de sus padres y que con su pareja se hayan ocupado más de sus peleas que de sus cinco hijos. Aunque hace mucho que ya no viven en casa de su suegra, Patricia la aprecia bastante porque la trató como a una hija. “Sin ella nunca hubiera entendido lo importante que es atender al hogar, al marido y luchar porque nunca les falte nada a los hijos y que puedan estudiar”, afirma con un tono de profunda gratitud.

En realidad, esto podría extenderse por mucho más, puesto que tras la investigación se obtuvo una gran cantidad de información, pero lo que se quiere es colectivizar estas y todas las experiencias individuales registradas. No se trata de realizar construcciones arquetípicas de un

oficio, sino de “sociologizar” las condiciones que (re)producen la posición socioeconómica de las comideras. Es un hecho que a todas las mujeres que participaron de esta investigación como informantes les corresponde un nivel socioeconómico entre bajo y medio. Cuanto menores son los estudios realizados, menor es su nivel socioeconómico; pero se puede afirmar que, aunque las condiciones económicas y familiares fungen como limitantes para los propios estudios que tuvieron las comideras, en la mayoría de los casos, ellas mismas se procuraron los medios para evitar que esta carencia educativa sea una importante causa de frustración personal, y lo hicieron acercando otros medios de subsistencia: préstamo, vivienda paterna, orientación hacia una fuente de ingresos (“el puesto”).

Por otra parte, es evidente que la escolarización produce cierto quiebre en el ascenso respecto al nivel socioeconómico de los padres; pero también es cierto que si consideramos a la familia como punto de partida, mientras más bajo sea éste, menos lejos les lleva dicho quiebre –si es que si quiera se llegara a producir. Salvo en tres casos de inserción precaria baja, donde alguno de los padres tiene o tuvo un empleo formal, las familias de las comideras con las que se hizo la investigación corresponden a hogares de inserción precaria media y alta al mercado laboral.

Acompañado de un tenaz discurso de superación, sí se puede ver mayor esfuerzo por evitar la deserción escolar de los hijos y el fomento para continuar estudios después del bachillerato. Aunque una rama técnica es aceptada, la mayor aspiración es ver a sus hijos en la universidad en profesiones liberales como administración, contaduría, derecho y carreras científico-técnicas; en muy raros casos alguno opta por alejarse de la tecnocracia, como lo hace el hijo menor de Victoria, que está en la Academia de Bellas Artes, mientras que sus otras dos hijas son enfermeras.

Lizbeth tiene a su lado todo el día a su hija menor de tres años, mientras que los otros dos, de ocho y diez, están en la escuela fiscal. Tatiana vive sola con su hija de diez años, que estudia en la escuela Copacabana, a tres cuadras de su puesto. Delia tiene un hijo varón de 14 años y dos mujeres de once y ocho años, todos en el colegio Marian Garden, de Munaypata. Clotilde tiene seis hijos, de los cuales tres ya están casados y no viven con ella; los otros tres tienen 32, 30 y 28 años; aunque no estudiaron en la universidad, tienen profesiones técnicas y la ayudan con algo de dinero

y con la casa que están construyendo en un barrio de El Alto, que esperan pronto habitar. Los hijos de Justina no estudiaron y, aunque ya están casados y viven en otra parte, siempre está ayudándoles con dinero, en especial a la hija que vive en un cuarto no muy lejos de ella junto a sus dos nietos. Patricia tiene tres hijos que terminaron el colegio, pero solamente uno estudia Administración de Empresas en la UMSA. María tiene una hija que vive con ella y estudia en el colegio Franz Tamayo, mientras que su otro hijo vive fuera del país, pero salió bachiller del mismo colegio, estudió aeronáutica y después en la Normal. Juana Acuña vio salir bachilleres a sus hijos del colegio Holanda, la mayor acaba de graduarse como abogada y el menor estudia informática, ambos en la UMSA.

Cristina Coronel tuvo seis hijos y vivió con ellos un tiempo en Brasil, después de la muerte de su esposo, trabajando como costurera; ahora cuatro todavía viven en aquel país, mientras que los otros dos estudian en la UMSA. Uno de ellos también trabajaba, en el momento de la investigación, en la cafetería de esta universidad.

Se ha muerto, no ve [mi marido]... Nunca he querido que mis hijos me ayuden porque si se ponen a trabajar ya no quieren estudiar. Este nomás me falta [el hijo menor] que salga de la universidad. Trabaja, pues, en la cafetería de la universidad, pero sigue estudiando. A dos ya he sacado profesionales y me falta el chico..., los otros están en el extranjero [Brasil]; bien también estarán, no sé (Cristina, 66 años, 19-5-2018).

Desde luego, nadie dice aspirar que sus hijos se dediquen a la venta de comida, por lo que generalmente afirman es que nunca permiten que les ayuden con su puesto de comida. Pero, aunque no lo expresan de manera consciente, se refieren más a los hombres que a las mujeres. Muchas son ayudadas por su pareja y los hijos o hijas cuando se trata de la preparación de los ingredientes para las comidas –aunque no siempre lo admiten y prefieren decir “yo solita hago todo”–; pero casi siempre es más posible que alguna hija acompañe a la madre hasta el lugar donde se hace la venta. Esto se traduce en que los frutos económicos de su trabajo y sus esfuerzos se vuelcan hacia todos los hijos, pero principalmente hacia los varones, para que ellos puedan seguir sus estudios, porque cuando las hijas los abandonan –por las razones que fueran–, quizás se sientan defraudados, pero es más tolerable socialmente.



No hay gran diferencia educativa entre las vendedoras y sus padres, más aún si la edad de las vendedoras es mayor, y cuando se puede percibir diferencias, tampoco se trata de algo completamente alejado, ni en términos socioeconómicos ni de género. Los estudios técnicos o capacitaciones que buscan fuera del ámbito escolar siempre están relacionados con los bienes y servicios y principalmente se trata de oficios sexuados o marcados por reproducir los roles de género en tareas que se supone son desempeñadas por las mujeres como prolongación de lo doméstico. Si no han estudiado cocina, han estudiado secretariado, tejidos, repostería, macramé, etc.

### *1.2. Trayectorias laborales y situación actual*

Desde el inicio, las trayectorias laborales de las comideras se condujeron guiadas por el entorno y las redes sociales próximas al medio social del que proceden. Familiares y amistades facilitaron la inserción a su primer empleo y/o a los demás. Hay quienes se relacionaron con algún empleo también informal a partir de compañeros de colegio o amigos de barrio. Pero la mayoría se hizo a partir de la familia: padres, tíos, suegros, etc.

Lizbeth tiene 30 años y nunca hizo otra cosa que vender comida en la calle, primero ayudando en el puesto de la madre y luego recibéndolo definitivamente tras que su madre se enfermara. A Delia le ofrecieron un trabajo como secretaria, pero no aceptó porque, según ella, se encontraba en su primer embarazo y no le iba a dejar trabajar; en cambio, se puso a ayudar a su madre en el mercado. Su mayor logro fue conseguir su puesto propio, ya que de él salen todos los ingresos de su familia. Su esposo está desempleado, pero él se encarga de comprar todos los ingredientes para cocinar y ayuda en la preparación para que luego ella venda en su puesto.

Brígida es la más joven y no tuvo mucha trayectoria laboral; es más, solamente vende comida y cuida de su bebé. El padre de su hija no gana mucho, pero tiene un ingreso semanal que recibe por trabajar como costurero en la avenida Kollasuyo.

Hace un año que Tatiana está vendiendo almuerzo a 10 bolivianos en la calle Valle Grande, junto a la parada del 378, y empezó a hacerlo después del éxito que tuvo vendiendo en la entrada de Munaypata, donde la conoció. No tiene patente; pero tiene certificado de salubridad, el de manipulación de alimentos. Como inmediatamente después de salir bachiller

tuvo a su hija, tuvo varios empleos eventuales, desde atender tiendas de ropa hasta ser ayudante de cocina en un par de restaurantes. En el primero no estuvo más que los meses alrededor de la Navidad, luego se cambió a la tienda de la competencia. Allí permaneció dos años, donde aprovechaba además para vender accesorios (collares, aretes, manillas), pero no le fue bien. También trató vendiendo salteñas para una señora que tenía un carrito cerca de la plaza Eguino, pero comenta que le pagaba muy poco y además tuvo que pagar el importe de unas cuantas que no pudo vender porque le acusó de estar atendiendo más a su hija que a la venta. El restaurante donde trabajó quedaba cerca del cementerio, pero afirma que el trabajo era mucho mayor a lo que le pagaban, entonces decidió vender comida por su propia cuenta gracias a la sugerencia de un tío que es chofer de la línea en cuya parada está su puesto.

“Debes ambular vendiendo comida, así vas a ayudar a tu esposo”, fueron las palabras que Clotilde escuchó de su tía hace ya tantos años atrás. Tenía ya su primera hija y su economía familiar apenas les alcanzaba para dos comidas diarias. Como antes ya había trabajado ayudando en el puesto de comida de su tía, siguió aquel consejo y salió a las calles. Hace treinta años que consiguió una patente, pero pasaron algunos años antes de conseguirla. Su esposo es albañil y no le falta trabajo, pero su principal fuente de ingresos es el puesto de comida.

Justina no comenzó a trabajar hasta que su marido la abandonó, y lo hizo vendiendo dulces, chiles y cigarrillos en los bares para poder mantener a sus hijos. Todavía lo sigue haciendo en los bares de la calle Juan Granier, pero en el día ayuda a lavar platos y pelar verduras en el mercado Calatayud. Hace un año empezó a vender comida a sugerencia de sus amigas. No tiene patente ni permiso de salubridad ni ninguna autorización, por eso solamente sale a vender los domingos, desde las once de la mañana. También es una trasnochadora, pues sale a vender comida a las dos de la mañana en la cercanía de los locales de la zona, pero esto no lo hace muy a menudo porque tuvo altercados con otras vendedoras que llevan allí más tiempo, incluso tuvo problemas también con los puestos de hamburguesas cercanos. En sí, su situación es de una condición muy baja.

Patricia vende comida desde hace 25 años y no ha hecho otra cosa en la vida. Su marido es chofer del micro O. Gracias al trabajo de los dos,

hace poco compraron su propia casa. También María no trabajó de nada que no fuera vender comida, su puesto tiene patente y con las ganancias y la ayuda de su esposo tiene su casa propia a cuatro cuadras de donde instala su puesto habitualmente.

Juana Acuña empezó en el negocio de la venta de comida con sus padres, desde que tenía 15 años. Ahora tiene 43 y habla de poner un restaurante, más bien una pensión; solamente está esperando que su hijo menor termine la carrera en la universidad.

Cristina proviene del área rural, así que su primer trabajo fue el agropecuario, junto a sus padres. Cuando iba a la ciudad traía productos para vender y luego se puso a ayudar en los mercados, en especial, en los puestos de café y después en los de comida. Hace 33 años que vende comida en los muros del Cementerio General.

De los relatos, se puede evidenciar la importancia que tiene el capital social; en este caso, la red de relaciones que lo componen no va mucho más lejos de su grupo social y sus logros se caracterizan por colocaciones laborales no tan diferentes. A veces, atendiendo una tienda de ropa o de otra cosa, atendiendo un punto de llamadas o vendiendo algo por las calles; es decir, trayectorias laborales horizontales. Quienes tienen hermanos y hermanas nos cuentan las ocupaciones de éstos, y se puede evidenciar que no han cambiado mucho de rumbo: comerciantes, transportistas, técnicos; muy pocos realizan o realizaron estudios universitarios. En este último caso depende en gran medida del nivel socioeconómico de arranque, es decir, de la familia.

También hay quienes empezaron con la venta de comida y continúan haciéndolo. En este caso, se trata de la familia próxima la que motivó la elección de vender comida. A veces el fallecimiento del esposo o de los padres las estableció de manera permanente en la venta de comida. Sin embargo, siempre manifestaron que la razón principal para escoger la venta de comida fue el dinero. Nadie siente que se trata de lo más probable que podían llegar a hacer dentro de los posibles trabajos realizables a partir de su escolaridad y origen social, a lo que se suman los roles de género.

Haciendo un balance de las trayectorias laborales de las comideras, éstas se caracterizan por la precariedad, entre precariedad media y alta para sus hogares y sus hogares de procedencia, y por componerse de ocupaciones muy relacionadas, aunque no sean completamente iguales.

Tomemos como ejemplo el caso de Miriam que, luego de trabajar en la confección textil en la ciudad de Sao Paulo, regresó al país con el propósito de continuar haciendo lo mismo, pero, tras desilusionarse por las bajas condiciones laborales y exigir sus derechos, fue despedida sin recibir ninguna liquidación. Luego optó por la venta de comida –a sugerencia de la suegra– y siente que está mejor y con más oportunidad de atender a la casa y a sus hijos.

Quando he vuelto [de Sao Paulo], primero he querido trabajar también de costurera, pero aquí poco quieren pagar y mucho se reñía la dueña, así que me he salido. Desde antes mi suegra vendía comida en El Alto y yo le ayudaba. Cuando hemos vuelto, ella me ha dicho “por qué no vendes comida, hay una amiga que quiere dar su puesto en la Garita”. Yo, “ya” he dicho. Primerito pagaba alquiler y después me lo ha vendido. Más bien yo ya todo le he aprendido a mi suegra de antes, entonces facilito he empezado a vender. También me ayudaba a vender mi marido, porque sabía ayudarle a su madre cuando era chico (Miriam, 45 años, 20-5-2018).

En relación a sus parejas, las mujeres muestran mayor constancia respecto a sus desempeños laborales. No me refiero solamente al hecho de que para muchas la venta de comida fue su primer empleo y se quedaron con él, me refiero a que ocurre lo mismo en cualquier otro trabajo, si los hubiere, puesto que los hombres tienden, más en sus primeros años laborales, a cambiar con facilidad de trabajo. Por otro lado, los empleos de los hombres comparten ciertas características: menos estáticos que el de las mujeres, más cosas que se hacen a la intemperie, y la posibilidad de acumular habilidades y/o jerarquía que se pueda traducir también en subordinados a su mando.

La pareja que llamaré Mario y María no sobrepasan los 25 años y están juntos desde antes de salir bachilleres. Se dedican a la animación de fiestas como *DJ's* junto a distintas amplificaciones, a veces juntos y a veces cada uno por su cuenta. Empezaron trabajando con una empresa que reparte productos de limpieza a los comerciantes de toda la zona de la Isaac Tamayo, Max Paredes, etc. Ella se mantuvo allí por casi dos años, mientras que él solo por seis meses. Ambos siguen amenizando fiestas, pero después de que María dejó el empleo, se dedicó a la venta de comida, mientras que Mario transita por empleos eventuales en los

que permanece no más de dos meses. Este hecho parece ser recurrente, pues salvo en el caso de los que trabajan como choferes en algún sindicato y el caso de un panadero que ya lleva 27 años en ese trabajo, todos los demás tuvieron una primera etapa laboral muy inestable.

Volviendo al tema de la trayectoria laboral y la relación cercana que la mayoría de las entrevistadas siempre tuvo con el rubro de la venta de comida, se destaca que las de mayor edad son las que poseen un puesto con vigencia formal, es decir, que cuentan con una patente; como dirían Tassi *et al.* (2013), las informales más formales. Solamente treinta y tres de las setenta y dos tienen una patente o una autorización y el permiso de Sanidad.

Es natural que las mujeres mayores tengan patente, puesto que generalmente sus puestos datan de una época anterior a la del decreto municipal que prohibió más asentamientos. Pero, como ya hemos visto antes, los permisos se transfieren o se “venden” y la titular puede pasar a ser una mujer más joven. Para las patentes, la Alcaldía registraba las dimensiones del puesto (ancho, largo y alto), la ubicación exacta, la información del rubro o tipo de actividad, la cédula de identidad y el carnet de manipulación de alimentos. Las patentes deben hacer un pago anual a la Alcaldía y éste se determina a partir del tamaño del puesto: 6,39 bolivianos el metro cuadrado. También hay patentes que son válidas solamente para las fiestas (como el Gran Poder o la Entrada Universitaria), y se paga solamente en esas ocasiones.

Lo que en la actualidad reconoce formalmente la Alcaldía es la transferencia de la patente a los familiares, en este caso, a las hijas; pero no siempre se da de esta manera.

Yo tengo mi patente que me la traspasó mi mamá, pero hay personas que hacen negocio con esto y le venden las patentes a otros que no son familiares y van a la Alcaldía diciendo que sí son familiares (Rosa, 50 años, 7-6-2018).

Para poder vender en la calle, a veces hay que pagar el derecho de piso, es decir, ganarse el derecho de poder vender en un espacio. Esto no siempre es la patente y la beneficiaria tampoco la Alcaldía, pues también ocupan un papel importante las asociaciones y el resto de los comerciantes, incluso los vecinos. Algunas de las vendedoras que consiguieron su patente por otros medios que no son la transmisión relatan que tuvieron que “rogarse a las otras” y hablar con la de la asociación. Estas cosas

definitivamente se facilitan si ya se tiene relaciones. Por ejemplo, a Brígida le ayudó, “se lo charló”, su suegra; a otras, su madre, su tía, etc.

Si una mujer sale con sus ollas se arriesga a que las demás le echen o que la Alcaldía le decomise sus cosas. Pero, a veces, si la comerciante ya tuvo arreglos con la asociación, ésta le respalda y no encontrará muchos inconvenientes, más que pagar a la asociación. Algunas se quejan de cobros y abusos por parte de su asociación, pero otras la respaldan. Definitivamente existe una conexión entre el apoyo o rechazo según el tipo de vínculos que la comerciante tenga; por lo tanto, este hecho tan subjetivo es algo que debe profundizarse en futuras investigaciones.

Yo no pertenezco a ninguna asociación y cada vez que me hablan para que entre les mando a rodar. No me importa, yo tengo patente. Ellas [las de la asociación] quieren cobrar nomás plata (Juana Acuña, 43 años, 5-5-2018).

¿Sabes qué?, allá había un puesto..., de doña L. era. Se ha muerto y sus hijos no viven aquí. Nadie ha reclamado. De ahí, varias hemos empezado a vender. Jaja-jaja. Yo le he dicho (que venda en ese espacio) a mi cuñada, después a una amiga; así también otras aparecían. A quién se gana era; la que salía más antes... Jajaja. De uno nomás en la asociación nos ha dicho que la R. es la dueña del puesto. Ya, ¿acaso era hija de la L.? No, pues. Era una de esas que de dónde habrá venido y quién le habrá llamado, pero seguro ya estaba charlado [con la de la asociación]. Tiene ahora patente u hoja de ruta, pero ya paga a la Alcaldía. Dicen, yo no sé, que cinco mil dólares le ha pedido la de la asociación, pero solamente dos mil quinientos le ha dado. Así siempre hacen, después van a *coimear* [sobornar] a la Alcaldía con sus contactos y ya tienen patente (T., 47 años, 10-7-2018).

La asociación, por otra parte, es una organización que ayuda, colabora en términos sociales y gremiales. En primer lugar, cuando una atraviesa alguna dificultad, como un problema de salud, la asociación suele organizar colectas para ayudarla, como se hiciera otrora en cuando existió el Sindicato de Culinarias y Ramas Afines hasta poco antes de los años 50 (Wadsworth y Dibbits, 1989). También la asociación defiende a las vendedoras de aquellas que no son legales y hacen competencia; también defiende cuando tienen que enfrentarse a la Alcaldía cuando ésta protagoniza alguna medida que afecta a las vendedoras.

Siempre vienen los de la Alcaldía, de cualquier cosita nos están molestando, pero en eso saltan las dirigentes y les hacen escapar. Bien grave a veces, se

pueden pegar por nosotras. Pendientes de todo están y saben cuándo están rondando los de la Alcaldía. Jajaja (Rosa, 50 años, 20-5-2018).

Esto de la competencia es algo muy relativo, como dije, porque depende de si alguna nueva mujer quiere vender, pero no es nueva del todo en la mayoría de los casos. Lo que quiero decir es que ya es conocida por la asociación o por otras vendedoras. Es el caso de M.: todos saben que su marido murió en un accidente en los Yungas y no tenía ni para comer.

Antes deambulaba la M., y bien le sabíamos botar, “qué diciendo no te vas”, así. Un día llorando nos ha hablado. Ciertamente había sido, porque la Doña Natividad le había conocido. Entonces le dejábamos deambular sus galletas, empanadas... Después, también le había conocido la dueña de casa y desde esa vez ahí vende chicharrón. La de la asociación le ha querido botar también al comienzo, pero la dueña de casa se ha atajado y nosotras también. Bien sinvergüenzas son a veces. Pero ahora nadie le dice nada y se vende ahí..., dos años debe ser (Q., 55 años, 4-6-2018).

Estas relaciones sociales son las que provocan que algunas mujeres no puedan vender, aunque lo deseen y tan solamente aprovechen ocasiones esporádicas para hacerlo, como Justina, mientras que otras son “estables”, aunque no tengan patente ni ninguna autorización más que la de la dueña de casa de la acera donde pone el puesto, o de la asociación. Pero uno de los momentos en los que más se puede observar la presencia de comideras sin ninguna autorización es en las fiestas. Se pudo hacer un recorrido por la Festividad del Señor del Gran Poder y por las fiestas de barrio y en éstas se observó muchas conductas regulares.

De comienzo, la Alcaldía hace controles ordinarios durante todo el año; si encuentra ambulantes sin autorización, les decomisa su mercadería.

Esa señora se vende *p'esqe*<sup>4</sup>. Bien nomás vende. Dos veces se ha hecho quitar. No sé, ya debe vender como cinco años. A quién pagará. A veces le dejan nomás, pero otras no. Bien feo sus ollas se lo llevan [los de la Alcaldía]. Como chiquitas nomás son, no tiene mucho, entonces ya no va a reclamar. Si vas

---

4 El *p'esqe* se elabora haciendo hervir la quinua. Se debe hacer cocer la quinua sin sal; de lo contrario, difícilmente termina con una buena cocción por más tiempo que permanezca hirviendo. Cuando la quinua está cocida, la remueven y casi baten con una espátula de madera hasta que empieza a tomar la consistencia de una masa. Recién entonces le agregan la sal. Este platillo puede consumirse con leche y queso raspado o con un ahogado de cebolla y ají.

a reclamar, tienes que pagar multa más para recoger y además ya te fichan (Adriana, 60 años, 7-6-2018).

Otra cosa son las batidas en los días de fiesta, porque en principio están obligados a hacer controles, pero éstos tienen poco efecto, o ninguno en realidad. Era temprano, no habían dado las ocho; pero todos estaban preparándose para la entrada del Gran Poder. Entre el barullo, se escucharon gritos. Se trataba de un grupo de vendedoras que peleaban con los municipales. Poco a poco se incrementó el número de comerciantes que antes no estaban involucradas en la pelea, pero se sumaron a favor de las primeras y terminaron haciendo retirar al personal de la Alcaldía, casi huyendo, diría:

Así siempre son estos abusivos. Bueno, está bien también que controlen. No, no pues, no se gana tanto. Hay harta gente esos días de la entrada, pero hay tanta competencia. Estás viendo, ¿no ve? Qué van a tener patente, pues (Cristina, 66 años, 26-5-2018).

En el caso de las entradas, mucha gente sale a vender comida, incluso a la puerta de su propia casa, pero en general hay más comida rápida, principalmente “sándwich de chola” y de chorizo. Se ha podido encontrar más agachaditos en la diana, al día siguiente de la entrada. En realidad, la venta de comida en esos días representa importantes ingresos para la mayoría. Algunas comideras realmente pueden obtener grandes ganancias, como la profesora de primaria que solo sale cada año en la fiesta de Munaypata, y entre la fiesta y la diana tiene una ganancia neta de 1.500 bolivianos.

Fácil es vender chicharrón, con eso he comenzado la primera vez. Después he aprendido a hacer fricasé y ahora *thimpu* más he traído. Has visto, todito ha salido. Al año voy a traer por lo menos 10 platos más de *thimpu*, porque para probar este año diez nomás he traído (P., 45 años, 26-5-2018).

El punto de partida es la inversión que las comideras hacen para vender comida. Tratemos de pensar en una doble entrada, no solamente la inversión económica sino también de otros recursos, como tiempo y relaciones sociales, los cuales podrían incidir también en lo económico.

Desde el momento en que una mujer decide vender comida en la calle, algunas no necesitan más inversión que los ingredientes, porque



usan sus propios utensilios, pero si no cuenta con los suficientes o no quiere usar los suyos tendrán que comprar. La inversión que se haría no es excesivamente grande y varía según el tamaño y la cantidad, dependiendo de los volúmenes de venta que se espera tener. Las ollas más comunes son las de aluminio y si se trata de las más grandes no cuestan mucho más que ciento cincuenta bolivianos, pero lo más común es que se adquiera por los siguientes precios:

- 1) De 65 hasta 80 bolivianos (diámetro: 60 cm; altura: 75 cm)
- 2) De 50 hasta 60 bolivianos (diámetro: 45 cm; altura: 50 cm)
- 3) De 25 hasta 45 bolivianos diámetro: 30 cm; altura: 25 cm)

Los cucharones de aluminio tienen un precio entre 25 y 35 bolivianos, según el tamaño, y la docena de cucharas puede significar un gasto que oscila entre 25 y 40 bolivianos. Los cuchillos de cocina, es decir, para cortar carne o pelar papas, pueden variar entre treinta y cien bolivianos. Esta estimación es muy grande porque no se pudo determinar de qué tipo utilizan en sus casas. Los platos más empleados son los de plástico y los de fierro enlozado, también llamados “achinados”. Los más comunes son los platos hondos y los semiplanos, se puede comprar cualquiera de estos dos por aproximadamente 30 bolivianos la docena (figura 3).

Figura 3. Plato llamado “achinado”, semiplano



Fotografía: Mircko Vera.

Las ollas suelen ser envueltas con papel periódico –solamente una, cuyo marido es albañil, emplea bolsas vacías de cemento–, nailon grueso (algunas usan las bolsas grandes de fideo), tela de saquillo y aguayos (figura 4).

El presupuesto para esta técnica que conserva el calor de las ollas es aproximadamente el siguiente:

1. Aguayo: el más común que se utiliza: 50 bolivianos
2. Papel periódico: (de fechas pasadas) por kilo: 6 bolivianos
3. Tela de saquillo: 50\* 60 cm: 5 bolivianos
4. Nailon grueso: se compra por metro: 7 bolivianos

Algunas comideras también emplean frazadas para cubrir las ollas (figura 5).

Figura 4. Rosa sirviendo almuerzo sobre ollas envueltas



Fotografía: Mircko Vera.

Figura 5. Frazadas para envolver las ollas



Fotografía: Mircko Vera.

También se invierte en algún mobiliario que puede ser una mesa para las ollas, pero principalmente se invierte en bancos. Estos pueden ser de madera, de plástico o de metal, plegables o fijos (figura 6).

Figura 6. Mesas y bancos de madera



Fotografía: Mircko Vera.

Cocinando en casa, y dependiendo de la oferta, con su garrafa de gas y otros utensilios, hay quien ha iniciado su negocio con un capital de arranque, sin contar los ingredientes de la oferta ni la garrafa –porque no todas las comideras la emplean–, de tan solo 200 bolivianos o menos.

Algunos agachaditos también tienen una cocina a gas para completar algún proceso de la preparación. Las cocinas que se emplean son a gas y del tipo llamado “esqueleto” (figura 7), que puede tener uno, dos o más “fuegos”. Dependiendo del tamaño y la cantidad de hornallas o fuegos puede costar entre un poco menos de cincuenta bolivianos y poco más de cien.

Figura 7. Cocina a gas de una comidera.



Fotografía: Mircko Vera.

Otro factor que significa un gasto es el traslado diario hasta donde se ubica el puesto. Algunas van en taxi, otras en minibús o micro (siempre y cuando la llegada y el recojo del puesto no sea hora de afluencia de pasajeros); también pueden contratar o tener su propio “carro”, que no es otra cosa que algo parecido a una carretilla, pero cuadrada y de mayor tamaño. Principalmente lo utilizan cuando viven cerca de donde trabajan. Las que tienen su propio carro incluso lo emplean para tener permanentemente las ollas sobre éste mientras realizan sus ventas. Las que no lo tienen, puede que tengan acceso a una tarima o a una mesa o simplemente ponen las ollas en el suelo.

Algunas tienen un acuerdo permanente con algún taxista, lo cual les puede permitir reducir un poco los costos. Seis de las entrevistadas cuentan con un esposo o hijo transportista, lo cual también es muy conveniente.

En términos de los ingredientes o la inversión diaria para la preparación de los platos, hay que destacar que obviamente depende de la oferta, pero lo que sí es común a la mayoría de los casos es que no se suele hacer compras en grandes cantidades, sino solamente para el día; así, los cálculos de los gastos y las ganancias también son diarios. Esto no significa que no ahorren una parte de estas ganancias, más bien casi todas lo hacen.

Los productos los compran de la zona del cementerio y pocas de El Alto. Pero difícilmente se aplica lo que Gajraj (2015) afirma, cuando dice que los agachaditos contribuyen a la seguridad alimentaria porque ofrecen cantidad a un bajo costo y, por ende accesible, y que permiten la relación directa con el productor campesino como proveedor de alimentos. Su estudio lo realiza en la ciudad de El Alto y allí es más probable que se vinculen con los mismos productores que llegan para comercializar sus productos muy temprano por la mañana; pero en nuestra zona de investigación, optan más por lo que ofrecen los comercios más cercanos.

Directamente se puede relacionar la inversión que se hizo con la situación socioeconómica y las relaciones sociales preexistentes en las que se encontraban al momento de comenzar a vender en la calle, ya que no se trata solamente de comenzar a vender. Muchas heredaron el puesto de alguna pariente, y no significa que también hereden todos los utensilios; a veces sí, a veces no, o parcialmente. Heredar un puesto significa que también se heredan los clientes; por lo tanto, ya se tiene una idea aproximada de los volúmenes, y el riesgo de no recuperar la inversión es menor. Obviamente, este hecho también produce una idea aproximada de los utensilios que necesita comprar y lo que gastará en alimentos.

Solamente una de nuestras entrevistadas partió realmente de “cero”. Ella comenta que no podía invertir demasiado porque no tenía plata y porque no sabía si le iba a ir bien o mal. Cuando fue yéndole bien y empezó a salir cada día a la misma hora, tuvo que resolver un problema que le surgió desde el principio: las otras vendedoras. A partir de este relato, indagamos sobre otro factor que tiene que ver con la inversión, y se trata de “el derecho de piso”.

Para comenzar a salir a la calle a vender comida, a veces conviene elegir un momento en el que no haya controles de ningún tipo. Las otras vendedoras, sean o no de comida, y la Alcaldía son quienes se encargan de hacerlo. Las vendedoras suelen expulsar –no siempre de buena manera– a cualquiera que intenta hacer negocio en su zona, aunque no se trate del mismo rubro o la misma oferta. Existen algunos arreglos que se hacen con las asociaciones, las cuales les cobran un monto variable. Si la ambulante es asidua, puede pagar entre dos y cinco bolivianos, pero si se ha asentado frecuentemente en el mismo lugar y no tiene patente, el arreglo económico es mayor con la asociación. Sobre esto, hay que añadir si la hora del día y la zona son codiciadas, puesto que si se trata de un lugar de mucha afluencia de personas, los pagos pueden variar mucho.

En suma, la mayoría de las familias de las que proceden tienen una inserción precaria laboral entre alta y media, y poco ha cambiado esa situación en su propia familia, salvo con una tendente mejoría en sus hijos. Por muchos factores, la trayectoria laboral tiene grandes similitudes entre las mujeres que participaron de este estudio, aunque no sean exactamente iguales. De la misma manera, cuando empezaron a vender, tuvieron que invertir muy poco, aunque esto puede llegar a subir en la medida en que su estancia en el lugar de venta se vuelve más formal.

## 2. ELEGIR LA RUTA DEL AGACHADO: LOS SENTIDOS DE LA TRAYECTORIA LABORAL EN LAS COMIDERAS

### *2.1. La valoración que las comideras le otorgan al “puesto”*

Como dije antes, el trabajo no solamente es una fuente de ingresos, sino también de reconocimiento social y de realización de aspiraciones sociales. A partir de esta consideración, y después de haber descrito la trayectoria laboral de las comideras, quiero acotar a la reflexión el valor que las comideras le dan a su puesto de comida en términos económicos y sociales. Naturalmente, la “voz” de las entrevistadas está inmersa en las categorías de esta investigación, por lo que se ha buscado –y como se vino haciendo a lo largo de este trabajo– respetar el sentido de su discurso y hacer también un autoanálisis de la interpretación que se hace del mismo.

Desde chiquita hay que saber trabajar. ¿Para qué sino es la vida? Después una termina con hijos y sin marido... Grave es... Después se termina en la calle y los hijos se echan a perder, y a la calle también. Bien difícil es todo, pero no me falta la comida para mis hijos, ropa para vestir. Lo demás, qué importa (Cristina, 66 años, 3-6-2018).

Desde mis quince años yo trabajo y he sacado adelante. Yo les he hecho estudiar a mis hijos y ahora los dos van a ser profesionales. La S. ya es pues abogada, ¿no ve? Qué sería sino trabajar... (Juana, 16-5-2018).

La glorificación del trabajo está argumentada por un escenario de carencias económicas y sacrificio, que se afronta principalmente “por los hijos”. “No sé hacer faltar la plata”, es lo que comúnmente se expresa junto con una serie de relatos de penurias que atraviesan para lograr este objetivo. Por lo tanto, el trabajo tiene un gran reconocimiento social, pero la elección de las diferentes ocupaciones no se sustenta en grandes aspiraciones personales, sino más bien en el bienestar material que demanda la familia. La limitada proyección también tiene una importante consecuencia –o tal vez se trate simplemente de un síntoma derivado también de la incorporación y aceptación de las posiciones sociales– y es que importa cuánto beneficio material se obtiene desempeñando ese trabajo y no cuánto se ha ganado en cualificación y las capacidades.

Sobre cómo ven su situación laboral, muchas expresan querer haber podido hacer otra cosa, pero casi nadie se plantea dejar el puesto. Demuestran orgullo por trabajar dignamente, pero no precisamente deviene ese orgullo de ser comidera. Expresarse con aspavientos sobre su digna profesión, denota también la necesidad de encubrir que no siempre es algo por lo cual haya sentido orgullo.

Yo me vendo comida, pues. ¡Con orgullo! Sino, qué cosa fuera (Clotilde, 50 años, 5-7-2018).

Hubieras visto a los hijos de esas chotas, a mis hijos a veces saben molestar al salir del colegio, por eso ya no saben querer venir por aquí, a mi puesto. Directito se iban a la casa (Clotilde, 50 años, 9-8-2018).

Otro argumento además del dinero es el del tiempo que pueden ofrecer a sus hogares, principalmente a sus hijos. Esto incluso puede expresarse contradictoriamente: Rita, que al principio dijo que gana bien, se siente molesta porque todo el día está en el puesto y solamente ve a sus



hijos al final de la tarde; pero luego dice que no dejaría el puesto, aunque tuviera otra oferta de trabajo, porque tiene que pagar su préstamo y, además, éste le proporciona ingresos estables y flexibilidad horaria para atender su hogar y a sus hijos.

Por eso, si me ofrecieran un trabajo, así, en oficina..., no creo que aceptaría. Aquí estoy más segura, me gano y puedo atender mi casa y a mis hijos..., no tengo horario de oficina, ¿no ve? (Rita, 30 años, 2-10-2018).

Estaba por entrar de secretaria, pero justo me he embarazado. Sí pues, he estudiado auxiliar de oficina. Quisiera trabajar también en otra cosa, pero aquí yo soy mi jefa. ¿Pero acaso me van a pagar lo mismo que me gano aquí? Además, todo el día es eso, mientras que con mi puesto puedo seguir atendiendo mi casa. Siempre hay que lavar, atender la casa, estar con mis *wawas*... (Delia, 39 años, 22-5-2018).

Se trata de situaciones estructuradas en un sector y en un mercado laboral determinado sobre el cual las mujeres interpretan su situación, su trayectoria laboral y sus proyectos futuros. El tipo de respuesta que se den a sí mismas sobre para qué y por qué trabajan modifica la percepción que tienen de su ocupación, y en general de sus ocupaciones. Por ejemplo, no se trata de la misma situación si lo que hace es un complemento de ingresos a los que ya trae el marido o si significa la principal o única fuente de ingresos; sin embargo, sin importar la mayor o menor dependencia del marido, lo que prevalece es que sienten que no descuidan su hogar y que gracias a su trabajo también garantizan su mantenimiento y la satisfacción de las necesidades.

El valor que le dan a su oficio es mayor cuando tienen que ocuparse de hijos menores, pues la mayoría de los trabajos no se los permitiría. Entonces están identificadas y sobre todo agradecidas con lo que les da el vender comida en la calle, tanto en términos económicos como en la oportunidad de cumplir con los roles domésticos y de cuidado de los hijos. La mayor parte de las comideras dijo que se inició en esto por necesidad y después del tiempo que vienen haciéndolo todavía manifiestan una relación puramente instrumental en busca de alcanzar cierto grado de bienestar. Podría esto traducirse en una relación temporaria con su oficio, pero lo cierto es que existen otras razones que hacen que las vendedoras no abandonen su oficio. Sin



embargo, esto no quiere decir que no intenten complementar sus ingresos con otras actividades; por ejemplo, vender productos cosméticos por catálogo, como Delia y cuatro mujeres más, hacer polleras o artesanías, etc.

Todas consideran que este trabajo es muy sacrificado y algunas hasta le atribuyen daños a su propia salud, como dolores de espalda, de articulaciones y de riñones. De todas formas, la mayoría está agradecida porque con esta actividad no tienen demasiadas carencias e incluso han podido mejorar sus condiciones de vida, comprar algunos bienes, etc.

A veces me viene a recoger mi hijo, porque ya no puedo con estas cosas [las ollas]. Mis rodillas ya no tienen ese líquido –no sé qué me ha dicho el médico que se llama. No ve, me siento en el frío todas las noches; el frío, por eso bien me envuelvo..., buzo más me pongo (Cristina, 66 años, 22-5-2018).

Por lo tanto, al inicio de las trayectorias laborales de nuestras informantes, no se distinguen finalidades o aspiraciones muy definidas, solamente aquella instrumental a la que nos referíamos para superar las carencias o incluso tener mayor autonomía respecto a sus maridos. Luego, el sentido que le atribuyen es el de “luchar” por el bienestar y futuro de los hijos, así que solamente se piensa mejorar su situación, pero sin cambiar realmente de rubro, puesto que les permite ganar dinero y atender su hogar, dos objetivos que sí tienen un importante reconocimiento social.

## *2.2. Elección y destino social: la relación entre las determinantes estructurales y la subjetividad de la elección individual*

En base a lo que se ha podido analizar sobre la vida de las comideras y sus trayectorias laborales, se trata de una opción que han elegido, pero no en términos de un empleo refugio, una última alternativa tras descalabros pasados, sino el resultante de la relación entre la estructura social y la decisión individual.

¿Mucho tiempo antes de que lo hicieran desearon ser vendedoras de comida en la calle? No, y desde luego que sí. A lo que me refiero es que todas las personas tienen desde muy temprano aspiraciones: ser policía, astronauta, bombero, presidente, doctor, poseer una empresa o negocio cualquiera, etc.; pero, desde el campo de lo posible, la última palabra está escrita en el destino social. El qué tan probable sea elegir un oficio u otro

depende mucho de ese destino social, todo aquello definido por el origen social y la posición de clase y, como en este caso, la división sexual del trabajo.

Pues vender comida en la calle puede que no sea de los oficios más prestigiados, pero las vendedoras regularmente expresan una mezcla de agrado y/o digna aceptación por lo que hacen, por encima de las circunstancias que las llevaron a tomar esa ruta. Lo hayan querido o no, la aceptación de una circunstancia de vida es la aceptación de un orden que su origen social y su género han predeterminado.

La familia es determinante a la hora de elegir vender comida en la calle, principalmente porque se trata de una continuidad de lo que alguno de los padres o parientes ya hacía.

Todo ha sido más fácil, porque yo ya sabía venderme [comida en la calle], ¿no ve? Con mi tía he aprendido y ahora ya tengo mi propio puesto (Rita, 30 años aproximadamente, 2-10-2018).

Por ejemplo, Rita tiene una tía que vende comida hace muchos años en el Pasaje Ortega. Trabajaba por temporadas, cuando aún estaba en secundaria, y eventualmente en ubicaciones y fechas variables, para ayudar a sus padres. En realidad, la tía de Rita es dueña de dos puestos, entonces le encargaba uno a ella. Pero tras ver que no estaba logrando nada, andando de un lado a otro sin un trabajo fijo, le propuso que se dedicara de lleno al puesto. Tras estar trabajando para su tía, ésta le consiguió un puesto propio a Rita (que pagó durante dos años), le hizo incluir en la asociación y le prestó dinero hasta para los utensilios que iba a necesitar. A la fecha son ya tres años que tiene su propio puesto y ofrece los mismos platos de su tía. Rita está contenta, “se gana bien”, pero sí lamenta que este trabajo le quite tanto tiempo cada día y no pueda estar con sus hijos, pero al mismo tiempo dice que el puesto le permite atenderlos, porque no tiene horarios fijos.

(...) me va bien, por suerte he sabido cocinar, porque si no los caseros no regresan. Mi tía me ha enseñado, ella tiene su puesto de pescados allá atrás. Puedo también atender a mi casa, a mis hijos, no se puede hacer eso con un trabajo [empleo formal] (Rita, 30 años, 15-8-2018).

La decisión de vender comida no es una decisión totalmente casual o aleatoria. Como ya se trató antes, es natural que se tome a la venta de

comida como una última opción, un *empleo de refugio* tras haber tenido varios tropiezos laborales, ya que realmente se constituye en una opción muy conveniente o accesible por no requerir demasiada inversión económica ni demasiadas cualificaciones o estudios. Sin embargo, no se trata solamente de una acción desesperada y de terminación aleatoria, sino que existe toda una serie de disposiciones estructuradas, aunque en muchos casos haya sido acelerada por una gran necesidad producto de la muerte de los padres o la pérdida del cónyuge.

Estudiar hubiera querido. No estaría así arruinando mis rodillas con el frío; ya no estoy pudiendo caminar (...). Pero, ¿qué hubiera podido ser? Tampoco era buena para estudiar, además, mi madre no quería, ¿no ve? (Cristina, 66 años, 24-5-2018).

Todo sé hacer, siempre. A todo me he sabido meter, porque hace falta trabajar. Le ayudaba a mi madre, a mis tíos. Quisiera estudiar cocina, gastronomía, y poner mi restaurante (Juana, 8-8-2018).

El momento de la elección es producido por algún evento que de alguna manera se emplea para apoyar su decisión.

Desde el inicio de la investigación tuve la consigna de construir estas trayectorias dándoles voz a las vendedoras para que contaran su realidad y cómo se encaminaron por la ruta de la venta de comida. Pero al extender las conversaciones con las comideras reconocí que era absolutamente necesario retomar el aporte de Godard (1998) y la distinción que propone entre recorrido y trayectoria, tal como lo expongo en el capítulo dos, donde *recorrido* es el relato o interpretación que las personas hacen de su realidad. Entonces ¿debía quedarme con el relato desde la interpretación de las comideras o sustraer la trayectoria laboral que contaban y enmarcarla en categorías propuestas por mí como investigador? Como lo expresa Eribon (2017), es necesario escapar de lo que se da por sentado y de lo que las personas piensan espontáneamente de su situación, porque solamente conseguiríamos “perpetuar el mundo tal cual” desde la ideología que justifica el orden establecido (*ibid.*).

Aunque el nivel de satisfacción que pueden mostrar puede variar, lo que expresa la mayoría es que hubo un momento en sus vidas que las “obligó” a vender comida en la calle: la falta de empleo y/o la necesidad producto del infortunio familiar. También hubo un momento

de conformidad y reconciliación consigo mismas, puesto que si bien ninguna de las vendedoras dijo que soñaron o aspiraron ganarse la vida de esa forma, tampoco lo ven como algo que de ninguna manera hubiera pasado.

Precisamente es eso lo que quiero destacar. Por sobre lo que aspiraron o aspiran, la situación actual es percibida como algo que está dentro de lo “normal”, ya que no se aleja demasiado de lo que les rodea desde que tienen memoria; por lo tanto, se halla al alcance de sus posibilidades o, si se quiere, de sus “probabilidades”. Estos recursos y condiciones previas con las que conducen cualquier contingencia devienen en decisiones posibles y no en decisiones aleatorias.

Tomando en cuenta los aspectos que tratamos en torno a la trayectoria laboral, como la condición económica y el nivel educativo, nos encontramos con el hecho de que ninguna de las vendedoras era totalmente ajena al medio social ni al ámbito laboral en el cual se desenvuelve. Sin embargo, en ninguna de ellas hay un reconocimiento consiente que lo que ahora vienen desempeñando era algo socialmente esperado, la alternativa más probable, la que ha estado a su alcance desde el principio y cuya determinación social no pudieron quebrar.

### 3. A DÓNDE SE LLEGA SIGUIENDO ESTA RUTA: PROYECTOS DE VIDA DE LAS COMIDERAS

#### *3.1. Logros y frustraciones*

Tal vez ser comidera no sea uno de los oficios más prestigiados, pero en ningún momento se trata de algo completamente desdeñable. Es preciso tomar en cuenta que la percepción que tienen sobre su oficio puede variar en función al tiempo en que vienen haciéndolo, la edad, la situación familiar, la situación socioeconómica...; pero nadie manifiesta que esto no sea rentable en términos económicos ni que les deje de proporcionar otro tipo de beneficios.

Para el éxito de un puesto, principalmente hay que tomar en cuenta el horario, el lugar, la oferta (calidad y precio), la estancia y en buena medida la vigencia. En relación a la oferta, ésta debe ser coherente

entre precio, cantidad y calidad, pero además adecuada a la zona y el horario, ya que de esto depende el tipo de clientes, su asiduidad y las ganancias que el puesto producirá. “Hacerse conocer”, además, es importante para cualquier comidera, ya que sus clientes habituales o caseros y caseras regresarán y muchas veces lo harán acompañados de otro comprador más.

Podemos citar el caso de dos comideras que venden almuerzo muy próximas la una de la otra. Las dos vacían sus ollas, terminan de vender por completo todo lo que llevaron, pero una lo hace más pronto y saca mayor ganancia que la otra. La primera lleva cincuenta almuerzos con cuatro tipos de segundo y cobra a 12 bolivianos por cada uno. La segunda lleva 30 almuerzos con dos tipos de segundos y cobra a 10 bolivianos. La calidad y cantidad de los ingredientes es claramente diferente, notoriamente ligadas al precio. La que cobra más barato tarda lo mismo o hasta más tiempo en terminar sus ollas. Aparentemente se puede notar más clientes que se dedican a la construcción que compran a la segunda, mientras que la primera tiene una clientela más variada. De seguro, en una zona menos concurrida o con mayor presencia de construcciones y, por ende, de albañiles, la primera terminaría su venta después que la segunda, pero bajo las circunstancias en las que se encuentran puede permitirse precios mayores y asegurar una clientela variada.

No todas las personas administran sus ganancias de la misma manera, y algunas sacan mayor provecho que otras; por lo tanto, los logros de la venta de comida son diferentes y obedecen a distintos factores. Una de nuestras entrevistadas estuvo en un momento dado en lo que se conoce como situación de calle, y allí conoció a M. Después de varios años, ellas se encontraron; ambas habían tenido sus hijos y habían dejado la calle con todos los problemas que conlleva. Al ver que M. estaba atravesando un momento difícil, agravado después de que su pareja se marchara –o volviera a la *calle*– y le dejara con sus cuatro hijos, todos en la escuela o el colegio, le recomendó vender comida. Logró obtener ganancias y M. estaba muy contenta; pero gastaba lo que ganaba y después de una semana lo dejó. Según M., vender comida no era un buen negocio.

Al inicio, cuando el puesto va rindiendo frutos, lo primordial es cubrir gastos inmediatos que antes quizás lograban con dificultad o mediante deudas: alquileres, útiles escolares u otros gastos educativos si tienen

hijos... Luego hay una etapa en la que lo esencial son bienes de consumo, una necesidad imperiosa por poseer aparatos como símbolo del tan ansiado bienestar material –aunque los aspectos de primera necesidad no estén completamente resueltos. Televisores modernos y de gran tamaño, celulares, consolas de videojuegos y electrodomésticos, en general, son lo primero que se busca antes de pensar en la vivienda, es decir, en ahorrar para una casa propia. Sin embargo, en la investigación, se encontró algunos casos que lograron este último objetivo gracias a la venta de comida.

Más bien ahora nos estamos haciendo de cositas, muebles, aparatos, pero lo más importante son mis hijos, que vivan en casa propia y no estén andando así, como judío. Jejejeje. A mi hijita menor grave le ha costado entrar al colegio, porque más hablaba portugués y porque allá no es bien el colegio. Como no vivíamos en un solo lugar, cada vez teníamos que estar trasladándonos. Aquí, mal que bien me lo están enseñando en el colegio [a mi hija]. Yo no he podido terminar el colegio, ¿no ve? Por eso quiero que estudie. Pero vieras, bien metida en su *play station* (Miriam, 45 años, 3-6-2018).

Grave siempre que te digan de todo. Cuatro años hemos vivido en la casa de mi suegra, pero de todo se observaba. Nada de lo que yo hacía estaba bien. Lo bueno es que también ella nos ha ayudado a comprarnos esta casita [en Munaypata]. Mi suegra se estaba prestando plata cada vez para hacer construir su casa. Ahí nos quería dar también, pero mejor aparte hemos dicho. Su mamá nos ha prestado una parte, otra nosotros con lo que he ahorrado y otro préstamo más (Patricia, 45 años, 15-7-2018).

En el marco del tratamiento de la información recogida de las informantes, no hablaremos aquí de cuánto gana cada una, pero trataremos los aspectos más sobresalientes sobre cuán lucrativo puede llegar a ser el negocio a partir de cuatro de ellas que se hallan en una situación más o menos comparable. Se trata de horarios y lugares de alta afluencia de clientela; son puestos de vigencia y antigüedad parecida; la oferta no es exactamente la misma, pero pertenecen esta vez a la categoría de “platos especiales” o “extras”, puesto que hay quienes ganan muy bien con la venta de almuerzo, pero los platos extras suelen dar mayores réditos. En la siguiente tabla, se toma en cuenta la oferta y se hace el cálculo de todos los gastos (basado en precios al momento de hacer la investigación), incluyendo el transporte, para luego estimar las ganancias en un día viernes (cuadro 3).







La experiencia en un lugar hace que las comideras sepan cuántos platos deben preparar por día; por lo tanto, por más que quisieran tener más ganancias llevando mayor cantidad de platos, no lo hacen porque podrían enfrascarse con sus aspiraciones y con comida sobrante. Cuando hablaban sobre el tiempo diario de venta, muchas se referían a una hora exacta o aproximada, mientras que otras dicen “hasta terminar” (HT en Tabla sobre el Cálculo de Ingresos). Lo que sucede es que una vendedora puede decidir llevar cincuenta platos en total, pero el tiempo que se toma en venderlos varía según el día de la semana. Lunes y martes son días de menos venta para las diurnas y nocturnas, pero lunes es bueno para las mañaneras y especialmente si están cerca de la llegada de camiones o flotas. Desde el día miércoles, empieza a subir la venta, pero es el viernes y sábado cuando más “sale” o se vende, según la mayoría de los casos. Como decía, si son cincuenta platos los que vende, casi siempre mantendrá este número, pues se facilitan así las compras y los cálculos; es decir, aunque sí lo hacen a veces, no es tan frecuente que reduzcan la cantidad de platos para cada día, solamente les toma más tiempo venderlos todos.

Según el cuadro 3, el puesto 3 empieza a vender a las siete de la mañana y por la cantidad termina hasta medio día o un poco más, pero en días de poca afluencia puede quedarse hasta pasadas las tres de la tarde. El puesto 2 se especializa en caldos y los vende a partir de las ocho de la noche y termina normalmente un poco pasada la una, mientras que los viernes a veces ni llega a medianoche. Quedarse hasta terminar es la estipulación de las horas de trabajo; si el tiempo es menor, quiere decir que “nos ha ido bien”.

El negocio será fructífero quedándose hasta terminar y haciendo bien los cálculos, no con un arqueo mensual, sino diario. El cotejo de las ganancias se hace cada día, separando lo que se reinvertirá en los ingredientes para el día siguiente. Pocos ingredientes se compran en cantidad, generalmente se lo hace para la preparación inmediata, incluso despreciando el posible beneficio de los precios al por mayor o por cantidad de algunos productos. Puede ser que algunas compren una arroba de papa, o más, pero solamente si se empleará totalmente en la preparación del día siguiente, a lo sumo para dos días; de otra forma, comprarán solamente las libras que fueran necesarias. Incluso, para el caso de arvejas, habas, nabos y hasta zanahorias, si no se requiere mucho, solamente compran cada día por montón. Incluso evitan comprar

grandes cantidades de artículos como el fideo o el arroz, los cuales se emplean en la mayoría de las comidas.

Las comederas de la zona de estudio se aprovisionan por lo general de las vendedoras de la zona del Cementerio y ya tienen caseras; incluso algunas de las comerciantes les llevan los productos hasta su puesto o hasta su casa. No es frecuente que compren en El Alto, salvo algunas excepciones. Por ejemplo, el puesto 2 ofrece caldo de cordero y compra esta carne por la zona, porque para su elaboración no emplea tanta carne como el 3, que vende *thimpu* de cordero<sup>5</sup> y asado de cordero y para ello compra a veces medio cordero o uno entero de El Alto, pues le representa alrededor de 250 bolivianos.

Como compran los ingredientes de esta manera, también todos los cálculos se hacen al día. Si se diera el caso de que alguno de los ingredientes subiera de precio, no aumentan el costo de la comida, simplemente reducen la cantidad y la calidad de los ingredientes. Por ejemplo, el puesto 3 ofrece *thimpu* y *sajta*<sup>6</sup> a 15 y 12 bolivianos respectivamente. Esto significa que, para poder competir con puestos que venden a menor precio, deben dar mejores ingredientes; por lo tanto, la papa que compran es de primera o hasta de segunda. Cuando se hizo la investigación, se podía comprar una arroba de papa de segunda a 20 bolivianos, pero a veces llega a subir a 30 bolivianos o más. Cuando esto sucede, en lugar de aumentar el precio de cada plato, la comidera sigue vendiendo su comida al mismo precio, pero emplea papa de tercera o de cuarta. Lo mismo puede suceder con otros ingredientes.

Aquellas comederas que no preparan ni venden mucho, generalmente están limitadas a un ingreso menor, en promedio de 100 bolivianos por día; por lo tanto, su capacidad de ahorro es menor. Ya sea que ahорren mucho o poco, la mayoría de las comederas destacan que una de las ventajas de vender comida es que a sus hijos, y en general a su hogar, nunca les falta qué comer (figuras 8 y 9).

---

5 Plato de consumo especial o festivo que originalmente se prepara con carne de cordero cocida en agua y servida en un plato con arroz blanco (no retostado), papas cocidas enteras y sin cáscara, y un ahogado o guiso de cebolla y ají amarillo. Éste es uno de los platillos que luego son acompañados del caldo de cordero, a diferencia del eje tradicional de la cocina boliviana: sopa-segundo.

6 Plato de consumo especial o festivo que se prepara con carne de pollo cocida en agua y servida con papa cocida entera y sin cáscara, tunta rebosada con maní, ahogado o guiso que lleva ají amarillo y una sarsa de cebolla y tomate frescos picados y mezclados con quirquiña (hierba aromática). Al igual que la *sajta*, este platillo es seguido por un caldo puro, sin más ingredientes.

Figura 8. Mujer sirviendo en un puesto.



Fotografía: Mircko Vera.

Figura 9. Comensales en un puesto.



Fotografía: Mircko Vera.

El puesto 1 generalmente ofrece cuatro platos especiales, invierte casi 200 bolivianos y recibe al final de la venta un total de 430 bolivianos, lo que significa que su ingreso neto es de 230 bolivianos cada día. El puesto 2 ofrece cinco platos y obtiene 575 bolivianos líquidos, mientras que el 3 ofrece seis platos y obtiene una ganancia neta diaria de alrededor de 722 bolivianos por día.

La oferta a la que pueden acceder los clientes es variada, pero también la encuentran a precios variados. Un mismo plato puede tener un costo significativamente diferente, ya que los agachaditos no tienen siempre la misma oferta barata como muchos clientes piensan, aunque se traten de platos no muy especiales, como ají de fideo, silpancho<sup>7</sup> o bisté. Esto es porque los ingredientes son de calidad diferente. Por ejemplo, el grosor del silpancho hace mucho la diferencia, y puede ser que lo hagan ellas mismas o no; algunas lo compran ya hecho –además resulta más barato– y puede ser que sea silpancho de primera o de segunda (más delgado o más grueso); esto, por lo tanto, influirá en el precio. Lo mismo sucede con cualquier plato, como el chairro<sup>8</sup> de cinco bolivianos que está hecho con chuño de menor calidad y con menudencias de pollo, mientras que los que están sobre los diez bolivianos tienen ostensiblemente mejor chuño, presas de pollo y trozos de carne en el plato del cliente, quizás hasta decorado con un pedazo de cuero de chanco al horno.

Pero en sí, la situación de “vivir el día”, como es la percepción popular sobre este sector, es y no es exacta, puesto que, si bien en cada momento dependen de la venta de cada día, por lo que también las cuentas se realizan de esta forma, muchas logran una importante estabilidad económica a largo plazo gracias a su ahorro y a una buena inversión, incluso para hacer planes o inversiones más allá de las necesidades básicas: la

---

7 Plato adjudicado como creación a Cochabamba. Es un plato relativamente especial servido con arroz blanco (no retostado), papas cocidas y luego fritas, una preparación frita en aceite en forma de disco muy fino de carne molida y pan molido que cubre casi todo el plato, huevo frito y, por encima de todo, una sarsa (salsa) de cebolla y tomate picados en pequeños trozos cuadrados.

8 Sopa de origen atribuido a la ciudad de La Paz. Se trata de una sopa cargada con muchos ingredientes: chuño remojado y luego machucado, trigo y mote cocidos, papa y carne (especialmente de res y de cordero). Al ser una sopa tan espesa es considerada de consumo especial y se constituye en un plato único; sin embargo, también puede aparecer en un almuerzo ordinario en cualquier restaurante; pero en ese caso no es tan espesa y después se sirve el segundo, como en cualquier almuerzo.

compra de algún electrodoméstico o algún bien más grande (desde un auto hasta una casa). Para estos casos, las familias van ahorrando o simplemente optan por un crédito que pueda ser cubierto con los ingresos de la familia, principalmente con los del puesto de comida.

De nuestras diez entrevistadas, con las que se hizo una trayectoria laboral más completa, solamente una sigue viviendo por más de 20 años en cuartos en alquiler, tres viven en casa de alguno de sus padres, pero solamente una –la más joven– no ha logrado aún independizarse por completo, mientras que las otras ya heredaron o invirtieron en remodelaciones para generar un espacio propio dentro de la misma propiedad. Dos viven todavía en alquiler, aunque una de ellas ya compró un taxi para que el marido lo trabaje. El resto ya compró su casa propia y algunas hasta un auto, aunque siempre de uso productivo: taxi o minibús.

Para algunas, la venta de comida es la única entrada de ingresos, mientras que para otras éste es complementado con otro ingreso propio o por lo que gana el cónyuge, o a veces los hijos. La mayoría dedica el mayor tiempo a atender todo lo que le demanda su puesto (de la preparación a la venta), pero además debe atender la casa: limpiar, atender a los hijos, etc. Si el marido no trabaja, es poco frecuente que se ocupe de todas las cosas que demanda el hogar, aunque sí participa en algunas, aunque se trate de la preparación de los ingredientes para las comidas. Este hecho no se pudo determinar con precisión, porque la investigación no se realizó en los hogares, pero se logró saber algo a partir de las conversaciones con la informante sobre el puesto y la ayuda que recibe.

Como dije antes, la mayoría afirma no permitir a sus hijos o hijas que las ayuden, tampoco afirma recibir ayuda de sus parejas. Todo tiene que ver con las aspiraciones de superación proyectada en los hijos a través de logros educativos y con la ambigua posición que le proporciona la independencia económica que ha logrado. Entre las convenciones más compartidas, se encuentra la realización personal a través de “hacer” estudiar a sus hijos, es decir, verles culminar estudios profesionales. Por esto, asumen que si dejan que ellos o ellas participen de la actividad comercial podrían optar por no querer estudiar –aunque la mayoría termina haciéndolo. Sin embargo, la participación, al menos en la preparación de ingredientes, es muy normal, en especial con las hijas, porque también la normalidad está producida por la aceptación de los roles

feminizados. Además, la mayoría invierte lo justo en la educación de los hijos, y la preocupación es que no abandonen los estudios y, si es posible, que sean buenos estudiantes. Incluso recae sobre ellas, en la medida de sus posibilidades, hacer las tareas escolares con ellos. Sin embargo, no cuestiona la calidad de la educación que reciben sus hijos ni si los preparan para el tan ansiado futuro. Esto se debe a que tampoco tuvieron una educación adecuada con la cual comparar o medir el nivel. Por lo tanto, si en algún momento llegan a reconocer que a sus hijos “no les gusta el estudio” es por cualquier razón menos que el tipo de educación recibida no les preparó para que les gustara estudiar. Pero cuando consiguen que sus hijos sean profesionales de cualquier manera, sienten que han alcanzado para sí mismas el mayor logro.

Con respecto a los cónyuges, la independencia económica parece que aumenta mucho su capacidad de decisión y su incidencia sobre los asuntos de la casa, pero el caso es que continúa desempeñando sus roles de género de la forma tradicional, independientemente de si su pareja trabaja o no. En el caso de que su cónyuge esté desempleado o no tenga un trabajo estable, es más frecuente que ayude con alguna etapa de la preparación y algunos quehaceres del hogar; pero esta relación produce ciertas tensiones. Cuando el esposo es quien trabaja, mayormente sigue siendo la esposa la que aporta más ingresos al hogar, y la poca ayuda del hombre para el negocio de su mujer se reduce enormemente. Algunas parejas han logrado comprar un vehículo que emplean como taxi; en tal caso, es el marido el que colabora con el traslado de las ollas al inicio y al fin de la jornada, pero no siempre. En todos los casos, es ella quien debe encargarse también de las labores del hogar –incluso si no tiene pareja– y nadie opta por guarderías y mucho menos por personal que atienda el hogar si los niños son todavía pequeños. Si son mayores, es más común que ellos se encarguen de algunas tareas, aunque la madre siga diciendo que es ella quien lo hace todo.

Si se trata de una comidera diurna y los hijos aún no están en edad escolar, generalmente están con los hermanos mayores, con algún pariente o con la misma vendedora. Si es nocturna, están con el padre y/o entre hermanos. Una comenta que el marido es guardia nocturno de seguridad, y como los cuartos donde viven están constantemente cerca de delinquentes y prostitutas, prefiere salir con los tres a vender a la calle.

Hay quienes están construyendo su casa o ya lo han hecho, están pagando su casa o ya lo han hecho. Me refiero a que, a través del ahorro o los préstamos bancarios, algunas de las comideras logran procurarse un lugar donde vivir. Patricia vivía al inicio con sus suegros, pero ahora compraron una casa en Munaypata; Juana logró edificar su propia vivienda en la casa paterna; Cristina compró su vivienda cuando aún vivía su marido y ahora están remodelando y edificando con los hijos; María vive en casa de su suegra y se quedó allí pese al fallecimiento de su esposo; Lizbeth vive en una casa propia que logró comprar en El Alto con sus ahorros y con un préstamo del banco en el que participaron sus padres; Delia vive a una cuadra de la Avenida Naciones Unidas en una casa vieja que compró, aún están regularizando los papeles del inmueble; Brígida vive en la casa de su suegra; Clotilde vive sola en alquiler en el barrio Alto Tejar; Justina tiene alquiladas dos habitaciones en la calle Nataniel Aguirre.

En términos de progreso del negocio, la pérdida del conyugue parece ser algo que arrastran por mucho si a raíz de ello empezaron a vender comida en la calle. En cambio, si en la trayectoria laboral vemos que ya vendían comida cuando tenían pareja o antes, superan la separación con menos dificultad. En términos de la vigencia, la estabilidad del puesto es muy importante, ya que incluso les puede permitir acceder a préstamos bancarios.

Tengo patente y con eso me he sacado plata del banco. Ahora ya tenemos nuestra casa. Seguimos pagando, pero no estamos botando la plata en alquileres. Antes solamente ayudaba a mi tía, después me lo ha conseguido. Ese puesto estaba queriendo también, pero ella me lo ha hablado para mí. Al comienzo pagaba alquiler a una señora que ya no podía salir [a vender]... Creo que ya estaba mayor o estaría enferma, no sé bien. Mi tía me lo ha hablado a doña D. [de la Asociación]. Entonces, con lo que he ahorrado desde antes me he comprado ese puesto. Todavía estaría de alquiler viviendo, ¿no ve? (Rita, 46 años, 2-10-2018).

Muchos suelen ahorrar, pero cuando se trata de montos muy elevados, como para un automóvil o una casa, algunos optan por un crédito. Esto no es tan extraño, dado que, como el sector informal tiene un importante papel en la economía, los bancos suelen estar más dispuestos a



dar crédito a un comerciante que a un asalariado del sector formal. Los préstamos pueden ser personales o para grupos, pero siempre se suele pedir requisitos como las patentes y muchos aspectos relacionados al puesto.

El titular que solicita el crédito puede ser la comerciante o cualquiera de los miembros del grupo, si es el caso; pero la responsabilidad del pago de las cuotas es generalmente asumida por la familia. Ya sea que los miembros de la familia tengan un empleo, los ingresos de la venta de comida se consideran por sobre el resto a la hora de hacer cálculos del presupuesto familiar y el pago del crédito.

El monto mínimo que ofrecen los bancos varía según cada entidad y cada forma de crédito, pero el primer requisito que se exige a los comerciantes es que su actividad de ninguna manera sea ilegal, puesto que esto podría afectar la continuidad del negocio e imposibilitaría el cumplimiento de los pagos. Por ejemplo, la venta de películas piratas es considerada ilegal y su mercadería podría ser decomisada por las autoridades. Obviamente lo que el banco quiere es tener la seguridad de que el prestatario cumplirá con la deuda contraída, para lo cual necesita determinar si el comerciante informal es, por así decirlo, formal.

Comerciantes de otros rubros tienen un NIT, lo cual es requerido por el banco para solicitar un préstamo, pero, como en el caso de las vendedoras de comida, puede bastar la patente otorgada por la Alcaldía y que ésta se halle al día con los pagos. La patente es concordante con la legalidad de un negocio, pero algunas entidades bancarias se han vuelto mucho más flexibles a la hora de dar créditos, incluso omitiendo la patente como requisito. Por eso, varias entidades financieras están recorriendo mercados y puestos callejeros ofreciendo un crédito: Fortaleza, BancoSol, Diaconía, Prodem, Crecer, Los Andes, entre los que tienen mayor presencia en la zona.

Los requisitos para que una vendedora de comida reciba un crédito no son muchos (figura 10), pero pueden variar de una entidad financiera a otra. Lo que sí es recurrente es el llamado levantamiento de información que realizan. Como dije, puede que incluso pasen por alto la tenencia de una patente formal, y que otorguen el crédito bajo garantía



inmobiliaria o bajo la garantía del crédito grupal<sup>9</sup>, pero lo importante es el levantamiento de información que realizan de cada comerciante. Para esto se hace un balance de todos los ingresos que tuvo los últimos tres meses, no solamente del puesto, sino de su hogar; en éste se toman en cuenta egresos como sueldos, alquileres, pensiones de los hijos, etc.

Figura 10. Requisitos de un banco local para optar a un crédito

**Banco Fortaleza**  
**AGENCIA TUMUSLA**

**REQUISITOS PARA EL CLIENTE -CODEUDOR-GARANTE(S)**

- FOTOCOPIAS A COLORES DEL C.I. FIRMADAS AL CENTRO
- FOTOCOPIAS DE FACTURA DE LUZ O AGUA (ACTUAL)
- CROQUIS DE UBICACIÓN DE DOMICILIO Y NEGOCIO

NOTA: EL DEUDOR O GARANTE DEBEN SER PROPIETARIOS DE INMUEBLE

---

**COMERCIANTE(S):**

- FOTOCOPIA DEL NIT - LICENCIA DE FUNCIONAMIENTO
- PATENTE - 3 ULTIMOS IMPUESTOS (SI CORRESPONDE)
- RESPALDO DE INGRESOS (3 ULTIMOS MESES)
- CUADERNOS, FACTURAS DE COMPRAS, VENTAS - OTROS
- RESPALDO DE OTROS INGRESOS (ALQUILERES - SUELDOS)

Fotografía: Mircko Vera.

El banco emplea este sistema recabando toda la información del puesto, pero pone énfasis en la información diaria, lo cual es totalmente acorde a la dinámica de los comerciantes, como vimos en el caso de las comideras. Lo que hacen es preguntar cuántos platos vende por día y cuál es el precio de cada uno; así, obtienen la “venta bruta”. Luego hacen el cálculo de los productos utilizados para la elaboración de las comidas y el monto total lo restan al de la venta bruta, así obtienen la utilidad.

Pero esto no queda ahí, pues la utilidad se calcula según los días de la semana y meses del año. Esto es muy acertado, pues, como vimos en nuestra propia investigación, el volumen de la venta de comida varía según los días de la semana. Los bancos calculan cuánto es el ingreso

<sup>9</sup> Por ejemplo, Crecer es una entidad financiera que ha centrado la mayor parte de sus esfuerzos a captar clientes del sector informal. Para este fin, y dado que muchos no cuentan con patentes o con demasiadas garantías, emplea el sistema de Crédito Grupal, que se da a grupos no menores de ocho personas. Cada uno de los ocho puede pedir hasta 20 mil.

semanal y hacen estimaciones de cuánto es su ingreso mensual<sup>10</sup>. Luego de esto hacen la evaluación de los gastos de la familia (vivienda, alimentación, vestimenta, servicios, salud y otros).

Algunos problemas frecuentes que tienen las vendedoras de comida son los de justificar el destino del dinero que se prestan. Pocas emplean el dinero para agrandar el puesto, como generalmente dicen, y más bien lo hacen para consumo. A veces esta imprecisión provoca malos entendidos y problemas con el banco, pues lo interpreta como algo negativo en la prestataria. La mayoría dice que es para “agrandar su negocio”, “comprar más mercadería”; pero en realidad casi siempre lo invierten en otra cosa; hay algunos bancos y agentes de crédito que son muy estrictos en este tema y toman acciones radicales. Si se desvía el dinero a otro gasto que no sea el que se haya declarado, el banco exige la devolución del dinero, el pago de toda la deuda sin ninguna rebaja y, además, la solicitante no será considerada para otro crédito en el futuro.

No será mucho, pero me gano y no les hago faltar nada a mis hijos..., también lo necesario, ¿no ve? Pero algunas cosas son fuertes [caras]; los aparatos, cuesta juntarse plata. Yo quería, pues, una cocina nueva, otra garrafa, platos... Yo me he ajustado biencito la cocina, y todo, pero cuando ha salido mi crédito más barato estaba la cocina y como me ha sobrado he querido comprarme otra tele para mi hija. Vieras el problema que me han hecho [los del banco]: he tenido que decir que he comprado con otra plata y el saldo de lo que me han dado lo he tenido que regresar. Todo me querían quitar, vieras (Juana, 43 años, 29-6-2018)

Pero esto no es muy frecuente, porque, por lo general, si bien el banco quiere saber el propósito del crédito, solamente le interesa saber si el prestatario o la prestataria es capaz de cumplir con los pagos de la deuda. Es más, la primera vez que se recibe un crédito, se realizan visitas por parte del personal del banco; pero después, digamos para un siguiente crédito, no hacen ninguna inspección o constatación, y menos

---

10 Para nuestra investigación, se tomó en cuenta además las variaciones que hay en las ventas según meses específicos, relacionado esto con eventos como las vacaciones escolares, las fiestas de barrio, los feriados, etc. Los bancos tampoco toman en cuenta los gastos de transporte.

indagan en qué están gastando el dinero. Así es que la mayoría saca el préstamo para otros fines que el de su puesto en sí.

### *3.2. Estabilidad y vigencia*

El puesto de Lizbeth pertenecía a su madre por 35 años, pero por razones de salud se lo traspasó. Tuvo que hacer el trámite de cambio de patente y ahora es oficialmente suyo. El pago de la patente por año es de 120 bolivianos.

Las comideras son comerciantes en vía pública que, en principio, están reguladas por el Gobierno Autónomo Municipal a través de la Dirección de Mercados. Esta última es la que hace el control a partir de la extensión de patentes u otras formas de autorización que habilitan a una vendedora para realizar su actividad; sin embargo, existen estructuras organizativas propias que regulan esta actividad, tal es el caso de las asociaciones. La relación entre la Alcaldía, las asociaciones y las propias vendedoras es compleja y variable, porque, como pudimos ver en anteriores capítulos, transita con naturalidad dentro y fuera de la norma, de tal manera que la situación laboral y de vida de las vendedoras tampoco es completamente idéntica entre sí.

Como ya se dijo, en 1995, un decreto municipal prohibió los nuevos asentamientos en las calles, por lo tanto “ya no se da patente a nadie”. Esto es lo que dice la voz oficial, pero muchas mujeres lograron conseguir una o simplemente cuentan con algún tipo de autorización de la asociación e, incluso, de la misma Alcaldía. Según el licenciado Samuel Guerra, funcionario de la Subalcaldía Distrito 7, las últimas patentes corresponden a 1994 y no hay nuevas; además, “las asociaciones [de gremiales] no tienen potestad para emitir patentes” (22-5-2018).

Es completamente cierto, las asociaciones no dan patentes; pero tienen la capacidad de permitir que una vendedora se instale en la calle con sus ollas o quizás coadyuvar para que consiga una en la Alcaldía. ¿Cómo?, ¿hay nuevos puestos en la calle? Según el funcionario, no se trata de nuevos, sino de viejas patentes que han cambiado de nombre de madres a hijas. También sostiene que es fácil hacer el cambio de nombre –aunque la mayoría de las vendedoras dice que no lo es y que siempre corre el riesgo de que le quiten la patente–, pero que solamente puede hacerse este trámite tres veces; “si una cuarta vez se solicita tiene

que estar muy bien justificado”, aunque no explica qué significa estar bien justificado.

De los 72 puestos de agachaditos con los que se ha hecho la investigación, solamente 33 cuentan con una patente, y de éstos 21 recibieron la patente de sus madres, tías u otro pariente. Entonces, cómo es que tienen patente estos puestos que no hicieron cambio de nombre, sino que obtuvieron una nueva después de 1995. Las historias particulares son diversas, y ya algunas hemos tratado más arriba, pero quiero recalcar que los mecanismos son todos en mayor o menor medida irregulares –considerando el mencionado decreto– y siempre involucran a autoridades, sea de la asociación o de la Alcaldía.

Una forma para la aparición de nuevas patentes es la que se da a partir de aquellas que no son tan nuevas. Sí, parece un embrollo, pero precisamente se trata de eso. Si una titular de la patente no hace su pago del año, el siguiente le facturan con multa<sup>11</sup> y si esto se da por tres años consecutivos, le quitan la patente. Pero también, por muchas razones, algunas vendedoras dejan su puesto y si no salen a vender en varios días consecutivos, también pueden perderlo. Estas patentes y puestos libres son aprovechados por dirigentes de las asociaciones y/o por funcionarios de la Alcaldía que después los revenden.

Qué pues te van a permitir, si hasta las mismas vendedoras te *venden*<sup>12</sup>, son traicioneras. Cuando me he hecho caer el sartén caliente a mi pie, rapidito he tenido que ir al doctor, así mismo lo he dejado mi puesto. Más bien me lo habían guardado todo. A mi sobrina le he mandado porque hasta dos días nomás me permiten faltar; primero no he sacado [el puesto a la calle], pero después ella estaba vendiéndomelo. Pero a la semana ya me estaban denunciado para hacerme quitar mi puesto. ¿No ve? Solamente la dueña [de la patente] puede vender; no es así nomás, ni siquiera a los hijos les dejan. Como no es fácil, siempre..., hasta con fiebre me ha dado, y no podía venir; en una nomás, vengo y ya había estado otra en mi lugar vendiendo. No, no, otra cosa [no comida]. La dirigente [de la asociación] ya se lo había negociado. Qué pues en la Alcaldía van a hacer nada, si ellos también bien saben hacer sus matufiadas, reciben también [soborno], pues. He tenido

---

11 Si regularmente hubiera tenido que pagar 23 bolivianos, al año siguiente tendrá que pagar, incluida la multa, un total de 130 bolivianos aproximadamente.

12 Usa la palabra “venden” en el sentido de delatar.

que pagarle y más bien mis compañeras me han apoyado (J., de 53 años, 31-8-2018).

Como dije antes, la cantidad de agachaditos está en detrimento con respecto a la comida rápida. Algunas vendedoras simplemente desaparecieron, pero el puesto está muy presente para la Alcaldía y para los dirigentes. Se sabe de casos en que antiguas patentes de agachaditos han sido comercializadas a otras comideras o incluso se han convertido a otra actividad económica, aunque también a la inversa.

Yo ya estoy aquí como quince años y me va bien nomás. Yo también le he hecho conseguir puesto a mi cuñada; de aquí, al otro lado está [doblando la esquina]. Cuando se ha muerto mi hermano no había ni cómo, y ella tiene tres hijos, mis sobrinitos son. Yo se lo he hablado en la asociación, y de ahí nomás ya tiene hasta patente. Antes no tenía, así nomás se vendía. Yo le he dicho aquí no hay nadie, salí a vender por tus *wawas*. Me ha hecho caso, también. Pero las mujeres [otras vendedoras] se han atajado, de ahí que yo se lo he hablado a la asociación. Dice que era una patente de otra persona, incluso de otra cosa [otro rubro], pero la de la asociación se lo ha hecho cambiar. Le ha cobrado 2.500..., sí, dólares. Yo le he prestado y de otra parte más se ha prestado. Aquella de allá [otra vendedora] dice “se habrá metido con el de la asociación”, pero no es así tampoco. Bien mala es la gente (T., comidera, 39 años, 30-6-2018, 19:00).

Hasta 1999, se realizaban pagos diarios a la Alcaldía, conocidos como porcentajes, y se trataba de un monto fijo: 50 centavos. Recién desde el año 2000, el registro de la patente en la Unidad de Mercados reguló la titularidad de los puestos, su ubicación y hasta su longitud, además, claro, de los pagos. Para poder pagar la patente, las personas deben ir a pedir la autorización a la Unidad de Mercados; ésta, después de comprobar la situación del puesto, emite una orden de pago con la que ya se puede ir al banco a hacer el correspondiente depósito. Anteriormente, el comprobante de pago de la patente incluía: identificación del contribuyente (nombre/Razón Social), el importe de la Patente Única Municipal (actividad asentada en espacios públicos y tarimas) y Observaciones (tipo de muebles, tarima, dirección, actividad, monto, ancho, frente, alto, horario, liquidación y gestión); pero a partir del 2018 muchos de estos datos ya no figuran, pero se incluye un código “QT” para poder ver la información completa en la plataforma del Ruat.

Si bien al principio de la investigación se supuso que podría usarse como forma de clasificación la legalidad, es decir, el tipo de estancia determinada por la posesión o no de una patente, más tarde se pudo comprender que todo es mucho más complejo o relativo. Las patentes se pagan a la Alcaldía, pero los pagos no son siempre iguales en frecuencia ni en monto; por lo tanto, no todos los puestos de comida con patente se hallan en la misma situación. Por ejemplo, hay patentes anuales y eventuales, como las que se dan solamente en fiestas, como el Gran Poder. También hay personas cuyos papeles “están en trámite” y, hasta que la Alcaldía les formalice una patente, tienen una Orden de Servicio. Y, por otro lado, muchos puestos de estancia irregular tampoco tienen muchos beneficios ni la estabilidad económica tan ansiada, como es el caso de Justina. Pero otras se dan maneras para evadir los controles de la Alcaldía o simplemente tienen un respaldo de la asociación, o hasta de la misma casa en donde venden comida. Por lo tanto, ayuda sobremanera tener patente, más para resultados a largo plazo; aunque hay quienes lo consiguieron sin ésta.

### *3.3. Proyectos de vida laboral*

La cualidad vectorial del origen como principio de los condicionamientos sociales está presente a lo largo de la vida de las comideras, marcando la dirección y el sentido de su trayectoria laboral, desde el pasado hasta el presente, pero también hacia el futuro, como el proyecto biográfico laboral del que habla Pries (1999). Los proyectos son acontecimientos o hechos “deseables” para el futuro laboral y están constituidos por las experiencias previas. Esto significa que el campo social del que proceden condiciona lo que pueden llegar a imaginar y, ya sea que se concreten o no sus proyectos, todo está dentro de cierta “normalidad” o aceptación.

A lo largo de la investigación, se pudo evidenciar que muchas de las vendedoras, en especial las que son menores de 40 años, aspiran a hacer otra cosa para ganarse la vida. Algunas simplemente dicen que querrían hacer otra cosa, pero no saben exactamente qué. Otras sostienen que quisieran “mejorar”; pero en la mayoría de los casos está relacionado con lo que saben hacer (estudiar gastronomía, poner una pensión, pocas veces un restaurante). También hay quienes quisieran hacer un giro radical en sus vidas, pero casi nadie tiene un proyecto claramente definido

para cambiar de actividad, así que simplemente dicen estar esperando que se les presente la oportunidad.

Voy a estudiar... ¡Ay! Tiempo no hay, pero. Hubiera querido estudiar gastronomía para poner mi pensión (Cristina, 66 años, 24-5-2018, 20:30).

Quisiera estudiar cocina..., gastronomía, y poner mi restaurante (Juana, 43 años. 8-8-2018, 20:00).

Podemos tomar el caso de Juana que, aunque no tiene una edad avanzada, la etapa en la que se encuentra corresponde a la de una persona mayor. Cuando se trata de una mujer que ha salido bachiller y no ha pasado de los 40, es más común que se plantee proyectos a futuro distinto de lo que hace en la actualidad. Sin embargo, Juana tiene 40 años y salió bachiller, pero tiene un hijo de 24 años que acaba de graduarse como abogado y otro que estudia informática en la UMSA, por lo que sus únicos proyectos de vida están en torno a verlos en una buena situación económica. “Por ellos es mi esfuerzo. Ya van a ganar y yo voy a poder estar más tranquila”, dice, y cualquier cambio en su situación actual está pensado no muy distante de lo que actualmente hace, como el de mejorar sus ingresos aumentando sus ventas y agrandando el negocio hasta un estatus de mayor “formalidad”, como el de un restaurante. Con una notoria distancia entre sus años biológicos y su edad social, Juana se expresa con la persistencia de quien ya no espera grandes transformaciones en su vida.

En el otro extremo podemos hablar de Brígida o de L., una de 26 y otra de 28 años. La primera nació y vivió por un tiempo en el área rural, y aunque sí se esforzó por terminar el bachillerato en el CEMA, no aspira a tener más estudios, puesto que además tiene patente a su nombre. Como ya tiene una hija, todo está orientado a lograr que no le falte nada y en algún momento dejar la casa de su suegra. L. no tiene hijos, creció en El Alto y en La Paz, salió bachiller y dejó de estudiar; pero también es una de las que hace cursos en diferentes cosas, incluyendo informática. Su puesto no tiene patente, pero sacó permiso de manipulación de alimentos y tiene una hoja de servicio; con el apoyo de la asociación, la Alcaldía le deja tranquila. Nuevamente vemos que la etapa de la vida en la que se encuentran una y otra es diferente y está marcada por la maternidad, por lo que es normal que esto les asiente en el puesto más a una

que a otra. También influye el sentimiento de estabilidad que conlleva tener una patente, pero, como vimos, éste va unido a otros factores.

Aunque no se trabajó demasiado con ellos, llama la atención el caso de Mario y María, de 24 y 21 años respectivamente, que trabajan de *disc-jockeys*. En el día, ella vende comida, mientras que él yerra de un empleo informal a otro (ayudante de un taller de metal-mecánica, empleado de una tienda de artículos de construcción, lava-autos y otros). No tienen hijos, terminaron el colegio, son novios desde entonces y están ahorrando para dejar su cuarto en alquiler y poder tomar algo más grande en anticrético. Ambos dicen que quieren estudiar Comunicación, Administración de Empresas o “algo de computación”. Más allá de las posibilidades de concreción de sus aspiraciones educativas, es natural que, a estas alturas, María no se vea vendiendo comida en la calle por el resto de su vida, aunque reconoce que gracias a eso están manteniéndose y están pudiendo ahorrar.

Hay muchas coincidencias en los proyectos de vida laboral que las comideras se plantean, aunque depende mucho del origen social y de la trayectoria educativa, de la familia y de experiencias personales. “Una misma posición en el campo social no necesariamente comprende las mismas realidades ni las mismas aspiraciones” (Eribon, 2017: 88).



---

## CONCLUSIONES

---

Al indagar en la vida de las comideras se puede rastrear una vigorosa perseverancia por alcanzar la tan ansiada estabilidad y calidad de vida, negada a la mayoría desde su niñez y una fuerte determinación por brindar mejores oportunidades a sus hijos. Algunas son provenientes del área rural, otras hijas de agricultores, otras solamente vinculadas a la ciudad, pero todas están dedicadas desde siempre a los bienes y servicios, de los cuales ni los esfuerzos de los padres pudieron apartarlas.

Cuando la mujer tiene menos estudios o está poco calificada, es más fácil que viva situaciones de exclusión laboral, tanto en el sector formal como en el informal; pero este último puede brindar algunas oportunidades a las mujeres, especialmente si se trata de oficios femeninos asociados con lo doméstico. Las comideras de mayor edad son las que menos estudios realizaron –incluso se encontró algunas que son analfabetas–; muchas, siendo jóvenes, no concluyeron sus estudios. Por lo tanto, la desescolarización voluntaria está aún presente por la difícil situación económica familiar, la inserción laboral forzada a temprana edad, la situación de la mujer y la vida doméstica, así como el poco interés por los estudios.

Pero la baja escolaridad no es suficiente para explicar completamente por qué decidieron vender comida. En realidad, se trata de un trabajo feminizado que se constituye en un marco instituido que dota de significado, tanto en quienes ofertan trabajos de ocupación femenina como en las ocupantes de esos puestos que lo aceptan como un desempeño intrínseco a la condición de mujer. De los casos observados, sin importar que los cónyuges estén en la misma situación socioeconómica, no es para el hombre una opción salir con sus ollas a vender comida a la calle. Incluso en el caso de que era el marido el que tenía experiencia en la venta de comida porque en su infancia ayudó muchas veces en un

puesto callejero, fue la nuera la que heredó el negocio, mientras que el hijo se mantiene aún desempleado, o quizás no, porque continúa de ayudante ahora de su esposa.

La división sexual del trabajo no solamente dota de racionalidad a las colocaciones laborales, también concede reconocimiento social. El comercio es un sector donde la participación según género no muestra grandes diferencias; pero en la venta de comida sí (siempre y cuando sea un agachadito), puesto que además su estatus es menor cuando se trata de oficios marcados por roles femeninos y domésticos, socialmente vistos como no aptos para hombres. Un plomero puede que tenga mayor reconocimiento social que una comidera, en gran medida porque se entiende que su oficio precisa cierta cualificación mientras que cocinar no, por ser una habilidad inherente a la condición de mujer. En nuestra sociedad si un hombre no sabe sobre plomería, no importa porque se espera que alguna otra cosa deba saber; en cambio, si una mujer no sabe cocinar, no es buena mujer. Incluso algunos comentarios sobre el marido de una mujer que era guardia nocturno de seguridad –confieso que fue triste para mí escucharlo– apuntaban a percibir al hombre como el que tenía un trabajo sacrificado y no se decía nada de la esposa que vende comida hasta las dos de la mañana y se despierta muy temprano para alistar a los hijos para el colegio y para preparar los ingredientes de la nueva comida del día mientras atiende la limpieza del hogar.

Es más, ni siquiera el nivel de ingresos cambia el estatus de este oficio. Se supone que un mayor nivel de ingresos de un determinado sector hace que a éste se le reconozca una mayor jerarquía. Como hemos podido ver, existen comideras cuyos ingresos producto de la venta de comida solamente cubren los gastos necesarios, ya sea como complemento al sueldo del marido o como único ingreso; sin embargo, también hay mujeres que han hecho de esta actividad algo tan lucrativo que les permitió cambiar muchas de sus condiciones de vida, al menos adquiriendo una casa propia y hasta un automóvil, además de garantizar los gastos relacionados a la educación de los hijos. De todas formas, el reconocimiento social que deriva de este oficio es tan bajo que, aunque tengan éxito económico a través de él, la mayoría de las mujeres menores a 35 años no lo percibe como algo que aspiraría a futuro y las mayores de esa edad expresan más gratitud y aceptación que orgullo;

es más, ninguna aspira a que sus hijos o hijas continúen con el negocio, aunque en la práctica es frecuente que se lo vaya transmitiendo a las hijas.

Las expectativas de vida o proyectos que las personas se plantean a lo largo de sus vidas son flexibles y cambiantes y, dentro de los posibles y los realizables, se encuentra la noción de “normalidad” como algo que se acepta. Las comideras eligieron vender comida, es la ruta por la cual optaron; pero, aunque después de muchos años digan que quieren poner un restaurante o algo similar, ninguna dice que al inicio se lo planteó como una aspiración o proyecto de vida. De niñas quizás entre juegos infantiles soñaban con ser vendedoras, quién no, pero ahí está precisamente el detalle del asunto. La mayoría de las vendedoras contaba con redes familiares y de amistad que a lo largo de su trayectoria laboral colaboraron para que lograran colocarse de alguna manera en algún trabajo, pero siempre dentro del mismo grupo social, tratándose así de una segregación por género hacia trabajos feminizados.

Aunque el resultado no sea exactamente lo que seriamente se aspiró, tal vez desde la adolescencia, la aceptación de su situación laboral y de vida se funda en el reconocimiento de que no está fuera de lo normal, porque la interpretan dentro de un orden social estructurado e intrínsecamente ligado a su origen social y a su rol de género. Por lo tanto, vender comida no es un recurso desesperado para ganarse la vida, sino el camino –entre muchos otros– que decidieron tomar y que estuvo más al alcance por el medio social, la baja escolaridad, la familiaridad con los oficios feminizados, la limitada economía; en fin, porque no contaban con las condiciones necesarias para realizarse en otros caminos.

Además de todas las cuestiones que se han tratado en esta investigación, considero que un importante aporte radica en la relación que se construyó con las informantes, puesto que no solamente se trató de registrar sus historias y su forma de ver las cosas, sino también de hablar sobre cuestiones que permitían ver su situación de manera diferente, más allá de las categorías que componen su sentido común y con las cuales dan significado a sus acciones.



---

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Aguirre, Rosario (2001). "Trabajo y género: caminos por recorrer". En Rosario Aguirre y Karina Batthyány (coords.), *Trabajo, género y ciudadanía en los países del Cono Sur*. Montevideo: Cinterform.
- Anguiano, María Eugenia (septiembre-diciembre de 2002). "Emigración reciente de latinoamericanos a España: trayectorias laborales y movilidad ocupacional". *Gaceta Laboral*, 8(3), 411-424.
- Beccaria, Luis y Roxana Maurizio (2003). "Movilidad laboral e inestabilidad de ingresos en Argentina". Buenos Aires: Universidad Nacional de Gral. Sarmiento. Recuperado de [https://www.researchgate.net/profile/luis\\_beccaria/publication/266372569\\_movilidad\\_laboral\\_e\\_inestabilidad\\_de\\_ingresos\\_en\\_argentina/links/5alc738da6fdcc0af32650f2/movilidad-laboral-e-inestabilidad-de-ingresos-en-argentina.pdf](https://www.researchgate.net/profile/luis_beccaria/publication/266372569_movilidad_laboral_e_inestabilidad_de_ingresos_en_argentina/links/5alc738da6fdcc0af32650f2/movilidad-laboral-e-inestabilidad-de-ingresos-en-argentina.pdf)
- Bourdieu, Pierre (2016/1979). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Chitarroni María, Horacio, Eugenia Longo, Marcelo Salas y María Andrea Voria (2002). *Vínculos violentos. Un estudio de la violencia en la pareja*. Buenos Aires: Prisma.
- De la Garza, Enrique (coord.) (2002/2000). *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Soto, Hernando (1986). *El otro Sendero: La Revolución Informal*. Lima: Instituto Libertad y Democracia.
- De Olivera, Orlandia y Ariza, Marina. (2002). "Trabajo Femenino en América Latina: Un recuento de los principales enfoques analíticos". En De la Garza, Enrique, *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Elder, Glen (1991). "Vidas y cambios sociales". En Walter Heinz (ed.). *Curso de Investigación Avances Teóricos sobre la Vida: Cambios de estado y Curso de la Vida*. Volumen 2. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Eribon, Didier (2017 [2009]). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Escóbar, Silvia y Germán Guaygua (2008). *Estrategias familiares de trabajo y reduc-*

- ción de la pobreza en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO-CROP.
- Gago, Verónica (2018 [2015]). *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. La Paz: Autodeterminación.
- Gajraj, Kim (2015). *Los agachaditos: vendedoras ambulantes de alimentos, redes populares y seguridad alimentaria en El Alto*.
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godard, Francis (1998). "Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales", en Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio (coords.). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Lima: Anthropos.
- Gómez Bueno, Carmuca (2001). "Mujeres y trabajo: principales ejes de análisis". *Papers* (63/64). Universidad de Granada, pp. 123.140.
- Guzmán, Virginia y Mauro, Amalia (2001). *Cambios generacionales en las trayectorias laborales de las mujeres*. Chile: CEM
- Hart, Keith (1973). "Oportunidades de ingresos informales y empleo urbano en Ghana". En *El diario de Estudios Africanos Modernos*, 11(1), pp. 61-86. Recuperado de <https://www.sv.uio.no/sai/english/research/projects/anthropos-and-the-material/Intranet/economic-practices/reading-group/texts/hart-informal-income-opportunities-and-urban-employment-in-ghana.pdf> [6/5/2018]
- Longo, María Eugenia (2009). "Género y trayectorias laborales. Un análisis del entramado permanente de exclusiones en el trabajo". En *Trayectorias*, vol. 11, núm. 28, enero-junio. México: Universidad Autónoma de Nuevo León Monterrey. Pp. 118-141. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/607/60712751008.pdf> [12-5-2018].
- Mauro, Amalia (2004). *Trayectorias laborales en el sector financiero. Recorridos de las mujeres*. Serie Mujer y Desarrollo, 59. Santiago de Chile: CEPAL.
- Muñiz, Leticia (primer semestre de 2012). "Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico metodológicas para su abordaje". *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 2(1), 36-65. Recuperado de [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.5218/pr.5218.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5218/pr.5218.pdf) [11-6-2018]
- Ormachea, Enrique (2009). *Soberanía y seguridad alimentaria en Bolivia: Políticas y estado de la situación*. La Paz: CEDLA
- OIT. (1991). *The Dilemma of the Informal Sector*. Ginebra. <https://www.ilo.org/public/english/standards/relm/ilc/ilc90/pdf/rep-vi.pdf> [1/5/2018]
- OIT. (1993). *Resolución sobre la Clasificación Internacional de la Situación de Empleo*. Ginebra. <https://www.ilo.org/global/statistics-and-databases/standards-and-guidelines/resolutions-adopted-by-international-conferen>

- ces-of-labour-statisticians/WCMS\_087564/lang--es/index.htm [4/5/2018]
- OIT. (2002). El trabajo decente y la economía. Reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo. Ginebra: Informa VI. <https://www.ilo.org/public/spanish/standards/relm/ilc/ilc90/pdf/rep-vi.pdf> [9/6/2018]
- OIT. (2012). Medición de la Economía Informal. Ginebra. [https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed\\_emp/---mp\\_policy/documents/publication/wcms\\_229450.pdf](https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/---mp_policy/documents/publication/wcms_229450.pdf) [9/6/2018]
- Página Siete* (5 de agosto de 2017). “Carnetización de gremiales empezará el martes”. *Página Siete*. Recuperado de <http://www.paginasiete.bo/sociedad/2017/8/5/carnetizacion-gremiales-empezara-martes-147268.html>
- Pautassi, Laura y Lo Vuolo, Ruben (1998). “Del trabajo a la casa...a seguir trabajando. La discriminación por género frente a los cambios en el mercado de trabajo”. En: *Mujeres en los 90. Vol. II*. Buenos Aires: Centro Municipal de la Mujer Vicente López, págs: 137-160.
- Pereira, René (2015). *Comercio popular en vía pública: estudio en el Macro Distrito Max Paredes de La Paz*. La Paz: PIEB/GAMLP.
- Piore, Michel (1983). “El dualismo como repuesta al cambio y a la incertidumbre”. En Luis Toharía (comp), *El mercado de trabajo: teoría y aplicaciones*. Madrid: Alianza Universidad.
- Portes, Alejandro (1995). *En torno a la informalidad: ensayos sobre la economía no regulada*. México: FLACSO.
- Pries, Ludger (1999). *Conceptos de trabajo, mercados de trabajo y proyectos biográficos laborales*. México, D.F.: Mimeo.
- Roberti, María Eugenia (2011). *El enfoque biográfico en el análisis social: una aproximación a los aspectos teórico-metodológicos de los estudios con trayectorias laborales* [Tesis de doctorado en Sociología]. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.683/te.683.pdf> [2/8/2018]
- Sautu, Ruth (comp.) (2002). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Sanz, Alexia (2005). “El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales los documentos personales”. *Alcepio*, 57(1), 99-116. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2005.v57.i1.32>
- Singer, Paul (1986). *Economía política de la urbanización. México, D.F.: Siglo XXI*.
- Spedding, Alison (2013 [2006]). “Metodologías cualitativas: Ingreso al trabajo de campo y recolección de datos”. En Mario Yapu, *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativas en ciencias sociales y humanas*. La Paz: PIEB.
- Tassi, Nico, Carmen Medeiros, Antonio Rodríguez Carmona y Giovana Ferru-

- fino (2013). *“Hacer plata sin plata”. El desborde de los comerciantes populares en Bolivia*. La Paz: Fundación PIEB.
- Tornarolli, Leopoldo y Adriana Conconi (2007). “informalidad y movilidad laboral: un análisis empírico para Argentina”. En CEDLAS, Working Papers 0059. Argentina: CEDLAS/Universidad Nacional de La Plata.
- Wadsworth, Ana Cecilia e Ineke Dibbits (1989). *Agitadoras del buen gusto. Historia del sindicato de culinarias (1935-1958)*. La Paz: Tahipamu/Hisbol.
- Wanderley, Fernanda (2003). *Inserción laboral y trabajo no mercantil. Un abordaje de género desde los hogares*. La Paz: Plural/CIDES-UMSA.



Mircko Vera Zegarra es sociólogo (Universidad Mayor de San Andrés). Cursó la Maestría en Desarrollo Social en el CIDES-UMSA. Es doctorante en Ciencias del Desarrollo: Economía, Sociedad y Globalización (CIDES-UMSA). Líneas de investigación: sociología del trabajo, género, sociología de la educación, desigualdades sociales, sociología y antropología de la alimentación. Docente de la carrera de Sociología de la UMSA y de postgrado. Algunas publicaciones: “Crónica de un destino anunciado: Trayectorias laborales de Comideras en un Macrodistrito Paceño” (*Temas Sociales* 44; 2019), “Die prekäre Eingliederung in den Arbeitsmarkt” [La precaria inserción al mercado laboral] (*Revista Monatsblatt*, 2015), “Dime qué desechas y te diré quién eres: Apuntes para una sociología de la basura” (en *Medioambiente y sociedad en las ciudades de Bolivia*, 2010).

E-mail: mavera5@umsa.bo

Mircko Vera Zegarra analiza, en este trabajo, realizado en el marco de los proyectos de investigación extracurriculares del Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre” (IDIS), de la Carrera de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés, las trayectorias laborales de las vendedoras de comida callejera de dos Distritos de la ciudad de La Paz, Bolivia. En éste, reconoce los aspectos estructurales de la división del trabajo por género y las determinantes producidas por el origen social con la decisión individual de optar por esta actividad conocida como los “agachaditos” y las expectativas que les produce. Para el autor, este juego de condicionamientos sociales y subjetividades individuales traslucen un destino social en las mujeres que optan por este tipo de trabajo.

